CALÍGULA

(PIEZA EN CUATRO ACTOS)

Albert Camus

Esta Edición: Proyecto Espartaco

(http://www.proyectoespartaco.com)

PERSONAJES

CALÍGULA
CESONIA
HELICÓN
ESCIPIÓN
QUEREAS
SENECTO, *el viejo patricio*
Patricios:
MÉTELO
LÈPIDO
OCTAVIO
PATRICIO, *el intendente*
MEREYA
MUCIO

PRIMER GUARDIA
SEGUNDO GUARDIA
PRIMER SERVIDOR
SEGUNDO SERVIDOR
TERCER SERVIDOR
MUJER DE MUCIO
PRIMER POETA
SEGUNDO POETA
TERCER POETA
CUARTO POETA
QUINTO POETA
SEXTO POETA
SÉPTIMO POETA

La acción transcurre en el palacio de Calígula.
Hay un intervalo de tres años entre el primer acto y los siguientes.
Estrenada en el Teatro Hébertot de París, en 1945.

ACTO I

ESCENA I

Grupo de Patricios, entre ellos uno muy viejo, en una sala del palacio; dan muestras de nerviosidad.

PRIMER PATRICIO. Como siempre, nada.

EL VIEJO PATRICIO. Nada a la mañana, nada a la noche.

SEGUNDO PATRICIO. Nada desde hace tres días.

EL VIEJO PATRICIO. Los correos parten, los correos vuelven. Menean la cabeza y dicen: "Nada".

SEGUNDO PATRICIO. Se ha recorrido toda la campiña; no hay nada que hacer.

PRIMER PATRICIO. ¿Por qué inquietarse por anticipado? Esperemos. Quizá vuelva como se fue.

EL VIEJO PATRICIO. Yo lo vi salir del palacio. Tenía una mirada extraña.

PRIMER PATRICIO. Yo también estaba y le pregunté qué le ocurría.

SEGUNDO PATRICIO. ¿Respondió?

PRIMER PATRICIO. Una sola palabra: "Nada".

Pausa. Entra Helicón comiendo cebollas.

SEGUNDO PATRICIO *(siempre nervioso).* Es inquietante.

PRIMER PATRICIO. Vamos, todos los jóvenes son así.

EL VIEJO PATRICIO. Por supuesto, la edad barre con todo.

SEGUNDO PATRICIO. ¿Os parece?

PRIMER PATRICIO. Esperemos que olvide.

EL VIEJO PATRICIO. ¡Claro! Por una que se pierde, se encuentran diez.

HELICÓN. ¿De dónde sacáis que se trata de amor?

PRIMER PATRICIO. ¿Y qué otra cosa puede ser? De todos modos, afortunadamente, las penas no son eternas. ¿Sois capaz de sufrir más de un año?

SEGUNDO PATRICIO. Yo no.

PRIMER PATRICIO. Nadie tiene ese poder.

EL VIEJO PATRICIO. La vida sería imposible.

PRIMER PATRICIO. Ya lo veis. Mirad, perdí a mi mujer el año pasado. Lloré mucho y después olvidé. De vez en cuando siento pena, pero en suma, no es nada.

EL VIEJO PATRICIO. La naturaleza hace bien las cosas.

Entra Quereas.

ESCENA II

PRIMER PATRICIO. ¿Y?

QUEREAS. Como siempre, nada.

HELICÓN. Bueno, no perdamos la cabeza.

PRIMER PATRICIO. Claro.

HELICÓN. No perdamos la cabeza, es la hora del almuerzo.

EL VIEJO PATRICIO. Es lógico, más vale pájaro en mano que cien volando.

QUEREAS. No me gusta esto. Pero todo marchaba demasiado bien. El emperador era perfecto.

SEGUNDO PATRICIO. Sí, era como es debido: escrupuloso e inexperto.

PRIMER PATRICIO. Pero, ¿qué tenéis y por qué esos lamentos? Nada le impide continuar. Amaba a Drusila, por supuesto. Pero en fin de cuentas, era su hermana. Acostarse con ella ya era mucho.

Pero trastornar a Roma porque ha muerto, pasa de la raya.

QUEREAS. No importa. No me gusta esto y la huida no me dice nada bueno.

EL VIEJO PATRICIO. Sí, no hay humo sin fuego.

PRIMER PATRICIO. En todo caso, la razón de Estado no puede admitir un incesto que adopta visos de tragedia. Pase el incesto, pero discreto.

HELICÓN. ¿Quién os dice que por Drusila?

SEGUNDO PATRICIO. ¿Y entonces por quién?

HELICÓN. Pues por nadie o por nada. Cuando todas las explicaciones son posibles, no hay en verdad motivos para elegir la más trivial o la más tonta.

Entra el joven Escipión. Quereas se le acerca.

ESCENA III

QUEREAS. ¿Y?

ESCIPIÓN. Nada todavía. Unos campesinos creyeron verlo anoche, cerca de aquí, corriendo entre la tormenta.

Quereas vuelve hacia los senadores. Escipión lo sigue.

QUEREAS. ¿Ya son tres días, Escipión?

ESCIPIÓN. Sí. Yo estaba presente, siguiéndole como de costumbre. Se acercó al cuerpo de Drusila. Lo tocó con los dedos. Luego, como si reflexionara, se volvió y salió con paso uniforme. Desde entonces lo andamos buscando.

QUEREAS *(meneando la cabeza).* A ese muchacho le gustaba demasiado la literatura.

SEGUNDO PATRICIO. Es cosa de la edad.

QUEREAS. Pero no de su rango. Un emperador artista es inconcebible. Tuvimos uno o dos, por supuesto. En todas partes hay ovejas sarnosas. Pero los otros tuvieron el buen gusto de limitarse a ser funcionarios.

PRIMER PATRICIO. Es más descansado.

EL VIEJO PATRICIO. Cada uno a su oficio.

ESCIPIÓN. ¿Qué podemos hacer, Quereas?

QUEREAS. Nada.

SEGUNDO PATRICIO. Esperemos. Si no vuelve, habrá que reemplazarlo. Entre nosotros, no faltan emperadores.

PRIMER PATRICIO. No, sólo faltan personalidades.

QUEREAS. ¿Y si vuelve de mal talante?

PRIMER PATRICIO. Vamos, todavía es un niño, lo haremos entrar en razón.

QUEREAS. ¿Y si es sordo al razonamiento?

PRIMER PATRICIO *(ríe).* Bueno, ¿no escribí, en mis tiempos, un tratado sobre el golpe de Estado?

QUEREAS. ¡Por supuesto, si fuera necesario! Pero preferiría que me dejaran con mis libros.

ESCIPIÓN. Excusadme. *Sale.*

QUEREAS. Está ofuscado.

EL VIEJO PATRICIO. Es un niño. Los jóvenes son solidarios.

HELICÓN. No tiene importancia.

Aparece un Guardia: "Han visto a Calígula en el jardín del Palacio".

Todos salen.

ESCENA IV

La escena permanece vacía unos instantes. Calígula entra furtivamente por la izquierda. Tiene expresión de enajenado, está sucio, con el pelo empapado y las piernas manchadas. Se lleva varias veces la mano a la boca. Se acerca al espejo, deteniéndose en cuanto ve su propia imagen. Masculla palabras confusas, luego se sienta a la derecha, con los brazos colgando entre las rodillas separadas. Helicón entra por la izquierda. Al ver a Calígula se detiene en el extremo del escenario y lo observa en silencio. Calígula se vuelve y lo ve. Pausa.

ESCENA V

HELICÓN *(de un extremo a otro del escenario).* Buenos días, Cayo.

CALÍGULA *(con naturalidad).* Buenos días, Helicón. *Silencio*

HELICÓN. Pareces fatigado.

CALÍGULA. He caminado mucho.

HELICÓN. Sí, tu ausencia duró largo tiempo.

Silencio

CALÍGULA. Era difícil de encontrar.

HELICÓN. ¿Qué cosa?

CALÍGULA. Lo que yo quería.

HELICÓN. ¿Y qué querías?

CALÍGULA *(siempre con naturalidad).* La luna.

HELICÓN. ¿Qué?

CALÍGULA. Sí, quería la luna.

HELICÓN. ¡Ah! *(Silencio. Helicón se acerca.)* ¿Para qué?

CALÍGULA. Bueno... Es una de las cosas que no tengo.

HELICÓN. Claro. ¿Y ya se arregló todo?

CALÍGULA. No, no pude conseguirla.

HELICÓN. Qué fastidio.

CALÍGULA. Sí, por eso estoy cansado. *(Pausa.)* ¡Helicón!

HELICÓN. Sí, Cayo.

CALÍGULA. Piensas que estoy loco.

HELICÓN. Bien sabes que nunca pienso.

CALÍGULA. Sí. ¡En fin! Pero no estoy loco y aun más: nunca he sido tan razonable. Simplemente, sentí en mí de pronto una necesidad de imposible. *(Pausa.)* Las cosas tal como son, no me parecen satisfactorias.

HELICÓN. Es una opinión bastante difundida.

CALÍGULA. Es cierto. Pero antes no lo sabía. Ahora lo sé. *(Siempre con naturalidad.)* El mundo, tal como está, no es soportable. Por eso necesito la luna o la dicha, o la inmortalidad, algo descabellado quizá, pero que no sea de este mundo.

HELICÓN. Es un razonamiento que se tiene en pie. Pero en general no es posible sostenerlo hasta el fin.

CALÍGULA *(levantándose, pero con la misma sencillez).* Tú no sabes nada. Las cosas no se consiguen porque nunca se las sostiene hasta el fin. Pero quizá baste permanecer lógico hasta el fin. *(Mira a Helicón.)* También sé lo que piensas. ¡Cuántas historias por la muerte de una mujer! Pero no es eso. Creo recordar, es cierto, que hace unos días murió una mujer a quien yo amaba. ¿Pero qué es el amor? Poca cosa. Esa muerte no significa nada, te lo juro; sólo es la señal de una verdad que me hace necesaria la luna. Es una verdad muy simple y muy clara, un poco tonta, pero difícil de descubrir y pesada de llevar.

HELICÓN. ¿Y cuál es la verdad?

CALÍGULA *(apartado, en tono neutro).* Los hombres mueren y no son felices.

HELICÓN *(después de la pausa).* Vamos, Cayo, es una verdad a la que nos acomodamos muy bien. Mira a tu alrededor. No es eso lo que les impide almorzar.

CALÍGULA *(con súbito estallido).* Entonces todo a mi alrededor es mentira, y yo quiero que vivamos en la verdad. Y justamente tengo los medios para hacerlos vivir en la verdad. Porque sé lo que les falta, Helicón. Están privados de conocimiento y les falta un profesor que sepa lo que dice.

HELICÓN. No te ofendas, Cayo, por lo que voy a decirte. Pero deberías descansar primero.

CALÍGULA *(sentándose y con dulzura).* No es posible, Helicón, ya nunca será posible.

HELICÓN. ¿Y por qué no?

CALÍGULA. Si duermo, ¿quién me dará la luna?

HELICÓN *(después de un silencio).* Eso es cierto.

Calígula se levanta con visible esfuerzo.

CALÍGULA. Escucha, Helicón. Oigo pasos y rumor de voces. Guarda silencio y olvida que acabas de verme.

HELICÓN. He comprendido.

Calígula se dirige hacia la salida. Se vuelve.

CALÍGULA. Y te lo ruego: en adelante ayúdame.

HELICÓN. No tengo razones para no hacerlo, Cayo. Pero sé pocas cosas y pocas cosas me interesan. ¿En qué puedo ayudarte?

CALÍGULA. En lo imposible.

HELICÓN. Haré lo que pueda.

Calígula sale. Entran rápidamente Escipión y Cesonia.

ESCENA VI

ESCIPIÓN. No hay nadie. ¿No le viste, Helicón?

HELICÓN. No.

CESONIA. Helicón, ¿de veras no te dijo nada antes de escapar?

HELICÓN. No soy su confidente, soy su espectador. Es más prudente.

CESONIA. Te lo ruego.

HELICÓN. Querida Cesonia, Cayo es un idealista, todo el mundo lo sabe. Sigue su idea, eso es todo. Y nadie puede prever a dónde lo llevará. ¡Pero si me lo permitís, el almuerzo!

Sale.

ESCENA VII

Cesonia se sienta con cansancio.

CESONIA. Un guardia lo vio pasar. Pero Roma entera ve a Calígula por todas partes. Y

Calígula en efecto, sólo ve su idea.

ESCIPIÓN. ¿Qué idea?

CESONIA. ¿Cómo puedo saberlo yo, Escipión?

ESCIPIÓN. ¿Drusila?

CESONIA. ¿Quién puede decirlo? Pero en verdad la quería. En verdad es duro ver morir hoy lo que ayer estrechábamos en los brazos.

ESCIPIÓN *(tímidamente)*. ¿Y tú?

CESONIA. Oh, yo soy la antigua querida.

ESCIPIÓN. Cesonia, hay que salvarlo.

CESONIA. ¿Así que lo amas?

ESCIPIÓN. Lo amo. Era bueno conmigo. Me alentaba y sé de memoria ciertas palabras suyas. Me decía que la vida no es fácil, pero que están la religión, el arte, el amor que inspiramos. Repetía a menudo que hacer sufrir es la única manera de equivocarse. Quería ser un hombre justo.

CESONIA *(levantándose)*. Era un niño. *(Se dirige hacia el espejo y se mira.)* Nunca tuvo otro dios que mi cuerpo y a este dios quisiera rezar hoy para que Cayo me fuese devuelto.

Entra Calígula. Al ver a Cesonia y a Escipión, vacila y retrocede. En el mismo instante entran por el lado opuesto los Patricios y El intendente de palacio. Se detienen, cortados. Cesonia se vuelve. Ella y Escipión corren hacia Calígula. El los detiene con un ademán.

ESCENA VIII

EL INTENDENTE *(con voz insegura)*. Te... te buscábamos, César.

CALÍGULA *(con voz breve y cambiada)*. Ya lo veo.

EL INTENDENTE. Nosotros... es decir...

CALÍGULA *(brutalmente)*. ¿Qué queréis?

EL INTENDENTE. Estábamos inquietos, César.

CALÍGULA *(acercándose)*. ¿Con qué derecho?

EL INTENDENTE. ¡Oh!... *(Súbitamente inspirado y muy rápido.)* En fin, de todos modos, bien sabes que debes arreglar algunas cuestiones concernientes al Tesoro Público.

CALÍGULA *(con un acceso de risa inextinguible)*. ¿El Tesoro? Pero es cierto, claro, el Tesoro; es fundamental.

EL INTENDENTE. Cierto, César.

CALÍGULA *(siempre riendo, a Cesonia).* ¿No es verdad, querida, que es muy importante el Tesoro?

CESONIA. No, Calígula, es una cuestión secundaria.

CALÍGULA. Pero es que tú no entiendes nada. El Tesoro tiene un poderoso interés. Todo es importante; ¡las finanzas, la moral pública, la política exterior, el abastecimiento del ejército y las leyes agrarias! Todo es fundamental. Todo está en el mismo plano: la grandeza de Roma y tus crisis de artritismo. ¡Ah! Me ocuparé de todo. Escúchame un poco, intendente.

EL INTENDENTE. Te escuchamos.

Los Patricios se adelantan.

CALÍGULA. ¿Me eres fiel, verdad?

EL INTENDENTE *(en tono de reproche).* ¡César!

CALÍGULA. Bueno, pues tengo un plan que proponerte. Vamos a revolucionar la economía política en dos tiempos. Te lo explicaré, intendente..., cuando hayan salido los patricios.

Los Patricios salen.

ESCENA IX

Calígula se sienta junto a Cesonia.

CALÍGULA. Escúchame bien. Primer tiempo. Todos los patricios, todas las personas del Imperio que dispongan de cierta fortuna —pequeña o grande, es exactamente lo mismo — están obligados a desheredar a sus hijos y testar de inmediato a favor del Estado.

EL INTENDENTE. Pero César...

CALÍGULA. No te he concedido aún la palabra. Conforme a nuestras necesidades, haremos morir a esos personajes siguiendo el orden de una lista establecida arbitrariamente. Llegado el momento podremos modificar ese orden, siempre arbitrariamente. Y heredaremos.

CESONIA *(apartándose).* ¿Qué te pasa?

CALÍGULA *(imperturbable).* El orden de las ejecuciones no tiene, en efecto, ninguna importancia. O más bien, esas ejecuciones tienen todas la misma importancia, lo que demuestra que no la tienen. Por lo demás, son tan culpables unos como otros. *(Al intendente, con rudeza.)* Ejecutarás esas órdenes sin tardanza. Todos los habitantes de

Roma firmarán los testamentos esta noche, en un mes a más tardar los de provincias. Envía correos.

EL INTENDENTE. César, no te das cuenta...

CALÍGULA. Escúchame bien, imbécil. Si el Tesoro tiene importancia, la vida humana no la tiene. Está claro. Todos los que piensan como tú deben admitir este razonamiento y considerar que la vida no vale nada, ya que el dinero lo es todo. Entretanto, yo he decidido ser lógico, y como tengo el poder, veréis lo que os costará la lógica. Exterminaré a los opositores y la oposición. Si es necesario, empezaré por ti.

EL INTENDENTE. César, mi buena voluntad no admite duda, te lo juro.

CALÍGULA. Ni la mía, puedes creerme. La prueba es que consiente en adoptar tu punto de vista y considerar el Tesoro público como un objeto de meditación. En suma, agradéceme, pues intervengo en tu juego y utilizo tus cartas. *(Pausa, luego, con calma.)* Además mi plan, por su sencillez, es genial, lo cual cierra el debate. Tienes tres segundos para desaparecer. Cuento: uno...

El intendente desaparece.

ESCENA X

CESONIA. ¡No te reconozco! Es una broma, ¿verdad?

CALÍGULA. No es exactamente eso, Cesonia. Es pedagogía.

ESCIPIÓN. ¡No es posible, Cayo!

CALÍGULA. ¡Justamente!

ESCIPIÓN. No te comprendo.

CALÍGULA. ¡Justamente! Se trata de lo que no es posible, o más bien, de hacer posible lo que no lo es.

ESCIPIÓN. Pero ese juego no tiene límites. Es la diversión de un loco.

CALÍGULA. No, Escipión, es la virtud de un emperador. *(Se echa hacia atrás con un gesto de fatiga.)* ¡Ah, hijos míos! Acabo de comprender por fin la utilidad del poder. Da oportunidades a lo imposible.

Hoy, y en los tiempos venideros, mi libertad no tendrá fronteras.

CESONIA *(tristemente)*. No sé si hay que alegrarse, Cayo.

CALÍGULA. Tampoco yo lo sé. Pero supongo que de eso habrá que vivir.

Entra Quereas.

ESCENA XI

QUEREAS. Supe tu regreso. Hago votos por tu salud.

CALÍGULA. Mi salud te lo agradece. *(Pausa; de improviso.)* Vete, Quereas, no quiero verte.

QUEREAS. Me sorprendes, Cayo.

CALÍGULA. No te sorprendas. No me gustan los literatos y no puedo soportar la mentira.

QUEREAS. Si mentimos, es sin saberlo muchas veces. No me considero culpable.

CALÍGULA. La mentira nunca es inocente. Y la vuestra da importancia a los seres y a las cosas. Eso es lo que no puedo perdonaros.

QUEREAS. Y sin embargo, no hay más remedio que abogar por este mundo, si queremos vivir en él.

CALÍGULA. No abogues, la causa está juzgada. Este mundo no tiene importancia, y quien así lo entienda conquista su libertad. *(Se ha levantado.)* Y justamente, os odio porque no sois libres. En todo el Imperio romano soy el único libre. Regocijaos, por fin ha llegado un emperador que os enseñará la libertad. Vete, Quereas, y tú también, Escipión, pues, ¿qué es la amistad? Id a anunciar a Roma que le ha sido restituida la libertad y que con ella empieza una gran prueba.

Salen. Calígula se ha vuelto.

ESCENA XII

CESONIA. ¿Lloras?

CALÍGULA. Sí, Cesonia.

CESONIA. Pero al fin, ¿qué ha cambiado? Si *es* cierto que amabas a Drusila, la amabas al mismo tiempo que a mí y a muchas otras. Eso no basta para que su muerte te arroje tres días y tres noches al campo y te devuelva con ese rostro enemigo.

CALÍGULA *(se vuelve).* ¿Quién te habla de Drusila, loca? ¿No puedes imaginar que un hombre llore por algo que no sea el amor?

CESONIA. Perdón, Cayo. Pero trato de comprender.

CALÍGULA. Los hombres lloran porque las cosas no son lo que deberían ser. *(Ella se le acerca.)* Deja, Cesonia. *(Cesonia retrocede.)* Pero quédate cerca.

CESONIA. Haré lo que quieras. *(Se sienta.)* A mi edad se sabe que la vida no es buena. Pero si

hay mal en la tierra, ¿a qué querer aumentarlo?

CALÍGULA. Tú no puedes comprender. ¿Qué importa? Quizá salga de esto. Pero siento subir en mí seres sin nombre. ¿Qué haré con ellos? *(Se vuelve hacia Cesonia.)* ¡Oh, Cesonia! Yo sabía que era posible estar desesperado, pero ignoraba el significado de esta palabra. Creía, como todo el mundo, que era una enfermedad del alma. Pero no, el cuerpo es el que sufre. Me duelen la piel, el pecho, los miembros. Tengo la cabeza vacía y el estómago revuelto. Y lo más atroz es este gusto en la boca. Ni de sangre, ni de muerte, ni de fiebre, sino de todo a la vez. Basta que mueva la lengua para que todo se ponga negro y los seres me repugnen. ¡Qué duro, qué amargo es hacerse hombre!

CESONIA. Hay que dormir, dormir mucho, dejarse llevar y no cavilar más. Velaré tu sueño. Al despertar, el mundo recobrará su sabor para ti. Que tu poder sirva entonces para amar lo que aún puede ser amado. Lo posible también merece una oportunidad.

CALÍGULA. Pero para eso se necesita el sueño, la despreocupación. No es posible.

CESONIA. Es lo que uno cree cuando está rendido de fatiga. Llega el momento en que la mano vuelve a ser firme.

CALÍGULA. Pero hay que saber dónde posarla. ¿Y qué me importa una mano firme, de qué me sirve este asombroso poder si no puedo cambiar el orden de las cosas, si no puedo hacer que el sol se ponga por el este, que el sufrimiento decrezca y que los que nacen no mueran? No, Cesonia, es indiferente dormir o permanecer despierto si no tengo influencia sobre el orden de este mundo.

CESONIA. Pero eso es querer igualarse a los dioses. No conozco locura peor.

CALÍGULA. También tú me crees loco. Y sin embargo, ¿qué es un dios para que yo desee igualarme a él? Lo que deseo hoy con todas mis fuerzas está por encima de los dioses. Tomo a mi cargo un reino donde lo imposible es rey.

CESONIA. No podrás hacer que el cielo no sea cielo, que un rostro hermoso se vuelva feo, un corazón humano, insensible.

CALÍGULA *(con exaltación creciente)*. Quiero mezclar el cielo con el mar, confundir fealdad y belleza, hacer brotar la risa del sufrimiento.

CESONIA *(erguida delante de él y suplicante)*. Hay lo bueno y lo malo, lo grande y lo bajo, lo justo y lo injusto. Te aseguro que todo esto no cambiará.

CALÍGULA *(en el mismo tono)*. Mi voluntad es cambiarlo. Haré a este siglo el don de la igualdad. Y cuando todo esté nivelado, lo imposible al fin en la tierra, la luna en mis manos, entonces quizá yo mismo esté transformado y el mundo conmigo; entonces, al fin, los hombres no morirán y serán dichosos.

CESONIA *(en un grito)*. No podrás negar el amor.

CALÍGULA *(estallando y con voz llena de rabia)*. ¡El amor, Cesonia! *(La toma por los hombros y la sacude.)* He aprendido que no es nada. El otro tiene razón: ¡el Tesoro público! Lo oíste, ¿verdad? Todo empieza con eso. ¡Ah, por fin voy a vivir ahora! Vivir, Cesonia, vivir es lo contrario de amar. Te lo digo yo y te invito a una fiesta sin

medida, a un proceso general, al más bello de los espectáculos. Y necesito gente, espectadores, víctimas y culpables.

Se precipita hacia el gong y empieza a darle, sin tregua, golpes redoblados.

CALÍGULA *(sin dejar de golpear).* Haced entrar a los culpables. Necesito culpables. Y todos lo son. *(Siempre golpeando.)* Quiero que entren los condenados a muerte. ¡Público, quiero tener público! ¡Jueces, testigos, acusados, todos condenados de antemano! ¡Ah, Cesonia, les mostraré lo que nunca han visto, el único hombre libre de este imperio!

Al sonido del gong, el palacio se llena poco a poco de rumores que aumentan y se acercan. Voces, ruidos de armas, pasos y pataleos. CALÍGULA *ríe y sigue golpeando. Los Guardias entran y salen.*

CALÍGULA *(golpeando).* Y tú, Cesonia, me obedecerás. Me ayudarás siempre. Será maravilloso. Jura que me ayudarás, Cesonia.

CESONIA *(enajenada, entre dos golpes de gong).* No necesito jurar, porque te amo.

CALÍGULA *(siempre golpeando).* Harás todo lo que te diga.

CESONIA *(en el mismo tono).* Todo, Calígula, pero detente.

CALÍGULA *(golpeando).* Serás cruel.

CESONIA *(llorando).* Cruel.

CALÍGULA *(golpeando).* Fría e implacable.

CESONIA. Implacable.

CALÍGULA *(siempre golpeando).* También sufrirás.

CESONIA. Sí, Calígula, pero enloquezco.

Entran Patricios estupefactos, y con ellos las gentes del palacio. Calígula da un último golpe, levanta el mazo, se vuelve hacia ellos y los llama.

CALÍGULA *(fuera de sí*). Venid todos. Acercaos. Mando que os acerquéis. *(Patalea.)* Un emperador exige que os acerquéis. *(Todos avanzan, llenos de temor.)* Venid en seguida. Y ahora acércate, Cesonia. *(La toma de la mano, la lleva junto al espejo y con el mazo, borra frenéticamente una imagen sobre la superficie bruñida. Ríe.*) Nada, ya ves. ¡Ni un recuerdo, todos los rostros han huido! ¡Nada, nada más! ¿Y sabes lo que queda? Acércate un poco más. Mira, Acercaos. Mirad.

Se planta delante del espejo en una actitud demente.

CESONIA *(mirando el espejo, con espanto).* ¡Calígula!

Calígula cambia de tono, apoya el dedo en el espejo y con la mirada súbitamente fija, dice con voz triunfante.

CALÍGULA. ¡Calígula!

TELÓN

ACTO II

ESCENA I

Reunión de Patricios en casa de Quereas.

PRIMER PATRICIO. Insulta nuestra dignidad.

EL VIEJO PATRICIO. ¡Me llama mujercita! ¡Me ridiculiza! ¡Muera!

PRIMER PATRICIO. ¡Nos hace correr todas las noches alrededor de su litera cuando sale a pasear por el campo!

SEGUNDO PATRICIO. Y nos dice que correr es bueno para la salud.

EL VIEJO PATRICIO. No hay disculpa.

TERCER PATRICIO. No, es imperdonable.

PRIMER PATRICIO. Patricio, confiscó tus bienes; Escipión, mató a tu padre: Octavio, raptó a tu mujer y ahora la hace trabajar en su prostíbulo: Lépido, mató a tu hijo: ¿Vais a tolerar esto? Por mi parte, ya he elegido. Entre el riesgo y esta vida insoportable con el temor y la impotencia, no puedo vacilar.

ESCIPIÓN. Al matar a mi padre, eligió por mí.

PRIMER PATRICIO. ¿Dudaréis todavía?

UN CABALLERO. Estamos contigo. Ha dado al pueblo nuestros asientos en el circo y nos ha obligado a luchar con la plebe para castigarnos mejor después.

EL VIEJO PATRICIO. Es un cobarde.

SEGUNDO PATRICIO. Un cínico.

TERCER PATRICIO. Un comediante.

EL VIEJO PATRICIO. Es un impotente.

Tumulto desordenado. Hay blandir de armas. Cae una antorcha. Se vuelca una mesa. Todo el mundo se precipita hacia la salida. Pero entra Quereas, impasible y detiene este arrebato.

ESCENA II

QUEREAS. ¿A dónde corréis de esa manera?

UN PATRICIO. Al palacio.

QUEREAS. Comprendo. ¿Pero creéis que os dejarán entrar?

EL PATRICIO. No es cuestión de pedir permiso.

QUEREAS. Lépido, ¿quieres cerrar esa puerta?

Cierran la puerta. Quereas se acerca a la mesa volcada y se sienta en una de las esquinas, mientras todos se vuelven hacia él.

QUEREAS. No es tan fácil como lo creéis, amigos míos. El miedo que sentís no puede hacer las veces de coraje y sangre fría. Todo esto es prematuro.

UN CABALLERO. Si no estás con nosotros, vete, pero cierra la boca.

QUEREAS. Sin embargo, creo que estoy con vosotros. Pero no por las mismas razones.

UNA VOZ. ¡Basta de charla!

QUEREAS *(poniéndose de pie).* Sí, basta de charla. Quiero las cosas claras. Pues aunque estoy con vosotros, no estoy por vosotros. Porque vuestro método no me parece bueno. No habéis reconocido al verdadero enemigo, ya que le atribuís pequeños motivos. Sólo los tiene grandes, y corréis a la perdición. Vedlo ante todo como es, podréis combatirlo mejor.

UNA VOZ. Lo vemos como es: ¡el más insensato de los tiranos!

QUEREAS. No. Ya conocimos emperadores locos. Pero éste no es bastante loco. Y lo detesto, pues sabe lo que quiere.

PRIMER PATRICIO. Quiere la muerte de todos nosotros.

QUEREAS. No, porque eso es secundario. Pone su poder al servicio de una pasión más elevada y mortal, nos amenaza en lo más profundo que tenemos. Y sin duda no es la primera vez que entre nosotros un hombre dispone de poder sin límites, pero por primera vez lo utiliza sin límites, hasta negar el hombre y el mundo. Eso es lo que me aterra en él y lo que quiero combatir. Perder la vida es poca cosa, y no me faltará valor cuando sea necesario. Pero ver cómo desaparece el sentido de esta vida, la razón de nuestra existencia es insoportable. No se puede vivir sin razones.

PRIMER PATRICIO. La venganza es una razón.

QUEREAS. Sí, y la compartiré con vosotros. Pero sabed que no lo hago para ponerme de parte de vuestras pequeñas humillaciones. Lo hago para luchar contra una gran idea cuya victoria significaría el fin del mundo. Puedo admitir que os pongan en ridículo; no puedo aceptar que Calígula haga lo que sueña y todo lo que sueña. Transforma su filosofía en cadáveres, y para desgracia nuestra, es una filosofía sin objeciones. No

queda otro remedio que golpear cuando la refutación no es posible.

UNA voz. Entonces, hay que obrar.

QUEREAS. Hay que obrar. Pero no destruiréis esa potencia injusta afrontándola mientras está en pleno vigor. Se puede combatir la tiranía, pero hay que emplear astucia con la maldad desinteresada. Es preciso seguirle la corriente, esperar que la lógica se convierta en demencia. Pero una vez más, y no hablo sino por honestidad, sabed que estoy con vosotros durante un tiempo. No serviré después ninguno de vuestros intereses, deseoso tan sólo de recobrar la paz en un mundo de nuevo coherente. No me mueve la ambición, sino un miedo razonable, el miedo a ese lirismo inhumano ante el cual mi vida no es nada.

PRIMER PATRICIO *(adelantándose).* Creo haber comprendido, más o menos. Pero lo esencial es que en tu opinión, como en la nuestra, las bases de la sociedad están minadas. Para nosotros, ¿verdad?, la cuestión es ante todo moral. La familia tiembla, el respeto al trabajo se pierde, la patria entera está entregada a la blasfemia. La virtud nos pide socorro: ¿nos negaremos a escucharla? Conjurados: ¿aceptaréis que los patricios se vean obligados a correr todas las noches alrededor de la litera del César?

SEGUNDO PATRICIO. ¿Permitiréis que los llamen "mi querida"?

UNA Voz. ¿Que les quiten sus mujeres?

OTRA. ¿Y su dinero?

CLAMOR GENERAL. ¡No!

PRIMER PATRICIO. Quereas, has hablado bien. Asimismo, hiciste bien en calmarnos. Es demasiado pronto para obrar; el pueblo aún estaría contra nosotros. ¿Quieres esperar con nosotros el momento oportuno?

QUEREAS. Sí, dejemos que Calígula continúe. Por el contrario, alentémoslo. Organicemos su locura. Llegará el día en que esté solo frente a un imperio lleno de muertos y de parientes de muertos.

Clamor general. Afuera, trompetas. Silencio. Luego, de boca en boca, un nombre: Calígula.

ESCENA III

Entran Calígula y Cesonia, seguidos por Helicón y soldados. Escena muda. Calígula se detiene y *mira a los conjurados. Va de uno a otro en silencio, a uno le arregla un bucle, retrocede para contemplar a otro, los mira una vez más, se pasa la mano por los ojos y sale sin decir una palabra.*

ESCENA IV

CESONIA *(irónica, mostrando el desorden).* ¿Peleabais?

QUEREAS. Peleábamos.

CESONIA *(siempre irónica).* ¿Y por qué peleabais?

QUEREAS. Por nada.

CESONIA. ¿Entonces no es cierto?

QUEREAS. ¿Qué no es cierto?

CESONIA. No peleabais.

QUEREAS. Entonces no peleábamos.

CESONIA *(sonriente).* Acaso fuera preferible ordenar las habitaciones. Calígula detesta el desorden.

HELICÓN *(al Viejo Patricio).* ¡Acabaréis por sacar de sus casillas a ese hombre!

EL VIEJO PATRICIO. ¿Pero qué le hemos hecho?

HELICÓN. Nada, justamente. Es inaudito ser insignificantes hasta tal punto. Termina por resultar insoportable. Poneos en el lugar de Calígula. (*Una pausa.)* Naturalmente, conque conspirando un poquito, ¿no?

EL VIEJO PATRICIO. Vamos, eso es falso. ¿Qué es lo que cree Calígula?

HELICÓN. No lo cree, lo sabe. Pero supongo que en el fondo lo desea un poco. Vamos, ayudemos a reparar el desorden.

Se ponen a la tarea. Calígula entra y observa.

ESCENA V

CALÍGULA *(al Viejo Patricio).* Buenos días, mi querida. *(A los otros.)* Señores, me aguarda una ejecución. Pero he decidido cobrar fuerzas en tu casa antes, Quereas. Acabo de dar órdenes para que nos traigan víveres. Mucio, me he permitido invitar a tu mujer. *(Una pausa.)* Rufio tiene la suerte de que yo siempre esté tan dispuesto a sentir hambre. *(Confidencial.)* Rufio es el caballero que ha de morir. *(Una pausa.)* ¿No me preguntáis por qué ha de morir? *(Silencio general. Entretanto, los esclavos han puesto la mesa y traído víveres. De buen humor.)* Vamos, veo que os volvéis inteligentes. *(Mordisquea una aceituna.)* Acabasteis por comprender que no es necesario haber hecho algo para

morir. *(Deja de mordisquear y mira a los invitados con aire burlón)* Soldados, estoy contento de vosotros. *(Entra la mujer de Mucio)* Vamos, sentémonos. Al azar. Nada de protocolo. *(Todo el mundo se sienta.)* Con todo, ese Rufio tiene suerte. Y estoy seguro de que no aprecia esta pequeña tregua. Sin embargo, unas horas ganadas a la muerte son inestimables.

Come, los otros también. Es evidente que Calígula se comporta mal en la mesa. Nada lo obliga a no arrojar los carozos de las aceitunas en el plato de sus vecinos inmediatos, ni a escupir los restos de carne en el plato, ni a escarbarse los dientes con las uñas, ni a rascarse la cabeza frenéticamente. Son hazañas que hará, sin embargo, durante la comida, con sencillez. Pero bruscamente deja de comer y mira a uno de los convidados, Lépido, con insistencia.

CALÍGULA *(brutalmente)*. Pareces de mal humor. ¿Será porque hice morir a tu hijo?

LÉPIDO *(con la garganta apretada)*. No, Cayo, al contrario.

CALÍGULA *(resplandeciente)*. ¡Al contrario! Ah, cómo me gusta que el rostro desmienta las inquietudes del corazón. Tu rostro está triste. Pero, ¿y tu corazón? Al contrario, ¿verdad, Lépido?

LÉPIDO *(resueltamente)*. Al contrario, César.

CALÍGULA *(cada vez más feliz)*. Ah, Lépido, a nadie quiero más que a ti. Riamos juntos. ¿Quieres? Y cuéntame algo divertido.

LÉPIDO *(que ha sobreestimado sus fuerzas)*. ¡Cayo!

CALÍGULA. Bueno, bueno, contaré yo, entonces. Pero te reirás, ¿no es cierto, Lépido? *(Con mirada maligna.)* Aunque más no sea por tu segundo hijo. *(De nuevo risueño.)* Por otra parte, no estás de mal humor. *(Bebe; luego, dictando.)* Al..., al... Vamos, Lépido.

LÉPIDO *(con cansancio)*. Al contrario, Cayo.

CALÍGULA. En buena hora. *(Bebe.)* Ahora, escucha. *(Soñador.)* Había una vez un pobre emperador a quien nadie quería. El, que amaba a Lépido, hizo matar al hijo más pequeño de éste, para arrancarse ese amor del corazón. *(Cambiando de tono.)* Naturalmente, no es cierto. Gracioso, ¿verdad? No te ríes. ¿Nadie ríe? Escuchad, entonces. *(Con violenta cólera.)* Quiero que todo el mundo ría. Tú, Lépido, y todos los demás. Levantaos, reíd. *(Golpea en la mesa.)* Lo quiero, ¿oís?, quiero veros reír.

Todo el mundo se levanta. Durante la escena entera, los actores, salvo Calígula y Cesonia, actuarán como títeres.

CALÍGULA *(tendiéndose en el lecho, resplandeciente, con una risa irresistible)*. No. Pero míralos, Cesonia. Nada. La honestidad, la respetabilidad, el que dirán, la sabiduría de las naciones, nada significa ya nada. Todo desaparece ante el miedo. El miedo, ¿eh Cesonia?, ese hermoso sentimiento, sin mezcla, puro y desinteresado, uno de los pocos que obtienen su nobleza del vientre. *(Se pasa la mano por la frente y bebe. En tono amistoso.)* Ahora hablemos de otra cosa. Vamos, Quereas, estás muy silencioso.

QUEREAS. Estoy dispuesto a hablar, Cayo. En cuanto lo permitas.

CALÍGULA. Perfecto. Entonces, cállate. Me gustaría oír a nuestro amigo Mucio.

Mucio *(a regañadientes).* A tus órdenes, Cayo.

CALÍGULA. Bueno, pues háblanos de tu mujer. Y empieza por mandarla a mi derecha.

La mujer de Mucio se acerca a Calígula.

CALÍGULA. Eh, Mucio, te estamos esperando.

MUCIO *(un poco perdido).* Mi mujer... pero yo la quiero.

Risa general.

CALÍGULA. Claro, amigo mío, claro. ¡Pero qué vulgar!

Ya *tiene a la mujer a su lado y le lame distraído el hombro izquierdo.*

CALÍGULA *(cada vez más a sus anchas).* En realidad, cuando entré estabais conspirando, ¿no es así? Marchaba la conspiracioncita, ¿eh?

EL VIEJO PATRICIO. Cayo, ¿cómo puedes...?

CALÍGULA. No tiene importancia, preciosa. La vejez es así. No tiene importancia, de veras. Sois incapaces de un acto valiente. Ahora recuerdo que debo resolver algunas cuestiones de Estado. Pero antes demos satisfacción a los deseos imperiosos que nos crea la naturaleza.

Se levanta y lleva a la mujer de Mucio a una habitación vecina.

ESCENA VI

Mucio hace ademán de levantarse.

CESONIA *(amablemente).* Oh, Mucio, volvería a tomar de ese vino excelente.

Mucio, dominado, le sirve en silencio. Momento penoso. Las sillas crujen. El diálogo siguiente es un poco acompasado.

CESONIA. Bueno, Quereas, ¿y si me dijeras ahora por qué luchabais hace un rato?

QUEREAS *(fríamente).* Todo fue, Cesonia, porque discutíamos sobre si la poesía debe ser asesina o no.

CESONIA. Es muy interesante. Sin embargo, excede mi entendimiento de mujer. Pero me admira que vuestra pasión por el arte os lleve a cambiar golpes.

QUEREAS *(siempre frío).* Es cierto. Pero Calígula me decía que no hay pasión profunda sin cierta crueldad.

CESONIA *(comiendo).* Hay cierta verdad en esa opinión. ¿No os parece?

EL VIEJO PATRICIO. Calígula es un fino psicólogo.

PRIMER PATRICIO. Nos habló con elocuencia del coraje.

SEGUNDO PATRICIO. Debería resumir todas sus ideas. Sería inestimable.

QUEREAS. Sin contar que le proporcionaría una distracción. Pues es evidente que la necesita.

CESONIA *(siempre comiendo).* Os encantará saber que lo pensó y está escribiendo en este momento un gran tratado.

ESCENA VII

Entran Calígula y la mujer de Mucio

CALÍGULA. Mucio, te devuelvo a tu mujer. Pero perdonadme, tengo que dar algunas instrucciones. (Sale rápidamente.)

Mucio, pálido, se ha puesto de pie.

ESCENA VIII

CESONIA *(a Mucio que ha permanecido de pie).* Ese gran tratado igualará a los más célebres, Mucio, no lo dudamos.

Mucio (mirando siempre la puerta por la cual ha desaparecido Calígula). ¿Y de qué trata, Cesonia?

CESONIA *(indiferente).* Ah, es superior a mi entendimiento.

QUEREAS. Entonces debemos inferir que trata del poder asesino de la poesía.

CESONIA. Así es, creo.

EL VIEJO PATRICIO *(con jovialidad).* Bueno, eso lo distraerá, como decía Quereas.

CESONIA. Sí, preciosa. Pero lo que sin duda os molestará un poco es el título de la obra.

QUEREAS. ¿Cuál es?

CESONIA. "La espada".

ESCENA IX

Entra rápidamente Calígula.

CALÍGULA. Perdonad, pero los asuntos de Estado son urgentes. *(Al Intendente.)* Intendente, harás cerrar los graneros públicos. Acabo de firmar el decreto. Lo encontrarás en la cámara.

EL INTENDENTE. Pero...

CALÍGULA. Mañana habrá hambre.

EL INTENDENTE. Pero el pueblo va a protestar.

CALÍGULA *(con fuerza y precisión).* Digo que habrá hambre mañana. Todo el mundo conoce el hambre, es una calamidad. Mañana habrá calamidad... y detendré la calamidad cuando me plazca. *(Explica a los demás.)* Después de todo, no tengo tantos modos de probar que soy libre. Siempre se es libre a expensas de alguien. Es fastidioso, pero normal. *(Con una ojeada a Mucio.)* Aplicad este pensamiento a los celos y veréis. *(Pensativo.)* Con todo, ¡qué feo es ser celoso! ¡Sufrir por vanidad y por imaginación! Ver a la mujer de uno...

Mucio aprieta los puños y abre la boca.

CALÍGULA *(muy rápido).* Comamos, señores. ¿Sabéis que trabajamos firme con Helicón? Estamos perfeccionando un tratadito sobre la ejecución; ya me diréis qué tal.

HELICÓN. Suponiendo que os pidan vuestra opinión.

CALÍGULA. ¡Seamos generosos, Helicón! Descubrámosles nuestros secretitos. Vamos, sección III, parágrafo primero.

HELICÓN *(se pone de pie y recita mecánicamente).* "La ejecución alivia y libera. Es tan universal, fortalecedora y justa en sus aplicaciones como en su intención. Muere el que es culpable. Se es culpable por ser súbdito de Calígula. Ahora bien, todo el mundo es súbdito de Calígula. Luego todo el mundo es culpable. De donde resulta que todo el mundo muere. Es cuestión de tiempo y paciencia."

CALÍGULA *(riendo).* ¿Qué os parece? Paciencia, ¿eh?, qué hallazgo. ¿Queréis que os lo diga?: es lo que más admiro en vosotros. Ahora, señores, podéis disponer. Quereas ya no os necesita. ¡Sin embargo, que se quede Cesonia! ¡Y Lépido! Mereya también. Quisiera discutir con vosotros la organización de mi prostíbulo. Me causa grandes preocupaciones.

Los otros salen lentamente. Calígula sigue a Mucio con la mirada.

ESCENA X

QUEREAS. A tus órdenes, Cayo. ¿Hay algo que no marcha? ¿El personal es malo?

CALÍGULA. No, pero las entradas no son buenas.

MEREYA. Hay que aumentar las tarifas.

CALÍGULA. Mereya, acabas de perder una ocasión de callarte. Dada tu edad, estas cuestiones no te interesan y no te pido opinión.

MEREYA. Entonces, ¿por qué me has hecho quedarme?

CALÍGULA. Porque en seguida necesitaré una opinión desapasionada.

Mereya se aparta.

QUEREAS. Si puedo hablarte del asunto con pasión, Cayo, diré que no hay que tocar las tarifas.

CALÍGULA. Naturalmente, claro. Pero necesitamos aumentar las ganancias. Y ya expliqué mi plan a Cesonia, quien os lo expondrá. He bebido demasiado vino y empiezo a tener sueño.

Se tiende y cierra los ojos.

CESONIA. Es muy sencillo. Calígula crea una nueva condecoración.

QUEREAS. No veo la relación.

CESONIA. Sin embargo la hay. Esta distinción constituirá la Orden del Héroe Cívico. Recompensará a aquellos ciudadanos que más hayan frecuentado el prostíbulo de Calígula.

QUEREAS. Es luminoso.

CESONIA. Ya lo creo. Olvidaba decir que la recompensa se otorga todos los meses, después de examinar los bonos de entrada; el ciudadano que no haya obtenido una condecoración al cabo de doce meses es desterrado o ejecutado.

LÉPIDO. ¿Por qué "o ejecutado"?

CESONIA. Porque Calígula dice que eso no tiene ninguna importancia. Lo esencial es que él pueda elegir.

QUEREAS. Bravo. El Tesoro Público sale hoy a flote.

Calígula abre a medias los ojos y ve que el viejo Mereya, aparte, saca un frasquito y bebe un trago.

CALÍGULA *(siempre acostado).* ¿Qué bebes, Mereya?

MEREYA. Es para el asma, Cayo.

CALÍGULA *(se le acerca apartando a los otros y le huele la boca).* No; es un contraveneno.

MEREYA. Pero no, Cayo, ¿quieres burlarte? Me ahogo de noche y ya hace mucho que me cuido.

CALÍGULA. ¿Así que tienes miedo de que te envenenen?

MEREYA. El asma...

CALÍGULA. No. Llamemos a las cosas por su nombre: temes que te envenene. Sospechas de mí. Me espías.

MEREYA. ¡No, por todos los dioses!

CALÍGULA. Sospechas de mí. En cierto modo, desconfías de mí.

MEREYA. ¡Cayo!

CALÍGULA *(con rudeza).* Responde. *(Matemático.)* Si tomas un contraveneno, me atribuyes la intención de envenenarte.

MEREYA. Sí..., quiero decir..., no.

CALÍGULA. Y no bien crees que decidí envenenarte, haces todo lo necesario para oponerte a esta voluntad.

Silencio. Desde el comienzo de la escena, Cesonia y Quereas se han retirado al fondo. Sólo Lépido sigue el diálogo con expresión angustiada.

CALÍGULA *(cada vez más preciso).* De este modo son dos crímenes y una alternativa de la que no saldrás: o yo no quería hacerte morir y sospechas injustamente de mí, o lo quería y tú, insecto, te opones a mis proyectos. *(Una pausa. Calígula contempla satisfecho al anciano.)* Eh, Mereya, ¿qué me dices de esta lógica?

MEREYA. Es... es rigurosa, Cayo. Pero no se aplica al caso.

CALÍGULA. Y, tercer crimen, me tomas por un imbécil. Siéntate y escúchame bien. *(A Lépido.)* Sentaos todos. *(A Mereya.)* De estos tres crímenes, sólo uno te honra: el segundo, porque el hecho de atribuirme una decisión y contradecirla, implica una rebeldía en ti. Eres un conductor de hombres, un revolucionario. Está bien. *(Tristemente.)* Te quiero mucho, Mereya. Por eso serás condenado por tu segundo crimen. Morirás virilmente, por haberte rebelado.

Durante todo el discurso, Mereya se achica poco a poco en su asiento.

CALÍGULA. No me lo agradezcas. Es muy natural. Toma. *(Le tiende una ampolla y le dice amablemente:)* Bebe este veneno.

Mereya, sacudido por los sollozos, rehúsa con la cabeza.

CALÍGULA (impacientándose). Vamos, vamos.

Mereya intenta entonces huir. Pero Calígula con un salto salvaje lo alcanza en medio del escenario, lo arroja en un asiento bajo y después de una lucha de algunos instantes, le hunde la ampolla entre los dientes y la rompe a puñetazos. Tras unos sobresaltos, con el rostro lleno de agua y sangre, Mereya muere.

Calígula se levanta y se enjuga maquinalmente las manos.

CALÍGULA *(a Cesonia, dándole un fragmento de la ampolla de Mereya).* ¿Qué es? ¿Un contraveneno?

CESONIA *(con calma).* No, Calígula. Es un remedio contra el asma.

CALÍGULA *(mirando a Mereya, después de un silencio).* No importa. Es lo mismo. Un poco antes, un poco después....

Sale bruscamente, con aire atareado, siempre enjugándose las manos.

ESCENA XI

LÉPIDO *(aterrado).* ¿Qué hacer?

CESONIA *(con sencillez).* Primero, retirar el cuerpo, creo. ¡Es demasiado feo!

Quereas y Lépido cargan el cuerpo y lo sacan entre bastidores.

LÉPIDO *(a Quereas).* Habrá que darse prisa.

QUEREAS. Tenemos que ser doscientos.

Entra el Joven Escipión. Al ver a Cesonia, intenta marcharse.

ESCENA XII

CESONIA. Ven aquí.

EL JOVEN ESCIPIÓN. ¿Qué quieres?

CESONIA. Acércate.

Le levanta la barbilla y lo mira a los ojos. Pausa.

CESONIA *(fríamente).* ¿Mató a tu padre?

EL JOVEN ESCIPIÓN. Sí.

CESONIA. Lo odias.

EL JOVEN ESCIPIÓN. Sí.

CESONIA. ¿Quieres matarlo?

EL JOVEN ESCIPIÓN. Sí.

CESONIA *(soltándolo).* Entonces, ¿por qué me lo dices?

EL JOVEN ESCIPIÓN. Porque no temo a nadie. Matarlo o que me maten, son dos maneras de terminar. Además, tú no me traicionarás.

CESONIA. Tienes razón, no te traicionaré. Pero quiero decirte algo, o más bien, quisiera hablar a lo mejor de ti mismo.

EL JOVEN ESCIPIÓN. Lo mejor de mí mismo es el odio.

CESONIA. Escúchame tan sólo. La palabra que quiero decirte es a la vez difícil y evidente. Pero es una palabra que, si fuera realmente escuchada, realizaría la única revolución definitiva en este mundo.

EL JOVEN ESCIPIÓN. Entonces dila.

CESONIA. Todavía no. Piensa primero en el rostro convulsionado de tu padre cuando le arrancaban la lengua. Piensa en aquella boca llena de sangre y en aquel grito de bestia torturada.

EL JOVEN ESCIPIÓN. Sí.

CESONIA. Ahora piensa en Calígula.

EL JOVEN ESCIPIÓN *(con todo el acento del odio).* Sí.

CESONIA. Escucha ahora: trata de comprenderlo.

Sale, dejando desamparado al joven Escipión. Entra Helicón.

ESCENA XIII

HELICÓN. Calígula me sigue. ¿Y si fueras a comer, poeta?

EL JOVEN ESCIPIÓN. ¡Helicón, ayúdame!

HELICÓN. Es peligroso, paloma. Y no entiendo nada de poesía.

EL JOVEN ESCIPIÓN. Podrías ayudarme. Sabes muchas cosas.

HELICÓN. Sé que los días pasan y que hay que apresurarse a comer. También sé que podrías matar a Calígula... y que él no lo vería con malos ojos.

Entra Calígula. Sale Helicón.

ESCENA XIV

CALÍGULA. Ah, eres tú. *(Se detiene, en cierto modo como si buscara aplomo.)* Hace tiempo que no te veo. *(Acercándose lentamente.)* ¿Qué haces? ¿Sigues escribiendo? ¿Puedes mostrarnos tus últimas obras?

EL JOVEN ESCIPIÓN *(incómodo también, dividido entre el odio y no sabe qué).* He escrito poemas, César.

CALÍGULA. ¿Sobre qué?

EL JOVEN ESCIPIÓN. No sé, César. Sobre la naturaleza, creo.

CALÍGULA *(más cómodo).* Hermoso tema. Y vasto. ¿Qué te ha hecho la naturaleza?

EL JOVEN ESCIPIÓN *(recobrándose, con aire irónico y maligno).* Me consuela de no ser César.

CALÍGULA. ¡Ah! ¿Y crees que podría consolarme de serlo?

EL JOVEN ESCIPIÓN *(en la misma actitud).* Bueno, ha curado heridas más graves.

CALÍGULA *(extrañamente sencillo).* ¿Heridas? Lo dices con maldad. ¿Es porque he matado a tu padre? Si supieras, sin embargo, qué justa es esa palabra. ¡Heridas! *(Cambiando de tono.)* No hay como el odio para que las personas se vuelvan inteligentes.

EL JOVEN ESCIPIÓN *(rígido).* He contestado a tu pregunta sobre la naturaleza.

CALÍGULA se sienta, mira a ESCIPIÓN, luego le toma bruscamente las manos y lo atrae a la fuerza a sus pies. Le sujeta el rostro entre las manos.

CALÍGULA. Recítame tu poema.

EL JOVEN ESCIPIÓN. Por favor, César, no.

CALÍGULA. ¿Por qué?

EL JOVEN ESCIPIÓN. No lo he traído.

CALÍGULA. ¿No lo recuerdas?

EL JOVEN ESCIPIÓN. No.

CALÍGULA. Dime por lo menos de qué trata.

EL JOVEN ESCIPIÓN *(siempre rígido y como a pesar suyo).* En él hablaba de cierto acuerdo...

CALÍGULA *(interrumpiéndolo, en tono absorto).* ...de la tierra y el pie.

EL JOVEN ESCIPIÓN *(sorprendido, vacila y continúa).* Sí, más o menos eso, y también de la línea de las colinas romanas y de ese sosiego fugitivo y turbador que a ellas lleva la noche...

CALÍGULA. ...Del grito de los vencejos en el cielo verde.

EL JOVEN ESCIPIÓN *(abandonándose un poco más).* Sí, también. Y de ese momento sutil en que

el cielo aún lleno de oro, bruscamente gira y nos muestra un instante la otra faz, colmada de estrellas resplandecientes.

CALÍGULA. De ese olor a humo, árboles y agua que sube entonces de la tierra hacia la noche.

EL JOVEN ESCIPIÓN *(entregado).* ...El grito de las cigarras y la declinación del calor, los perros, el rodar de los últimos carros, las voces de los granjeros...

CALÍGULA. ... Y los caminos inundados de sombra entre los lentiscos y los olivares...

EL JOVEN ESCIPIÓN. Sí, sí. ¡Todo eso! ¿Pero cómo te has enterado?

CALÍGULA *(estrechando contra sí al Joven Escipión).* No sé. Quizá porque nos gustan las mismas verdades.

EL JOVEN ESCIPIÓN *(estremecido, esconde la cabeza en el pecho de Calígula).* ¡Oh, qué importa, si todo adopta en mí el rostro del amor!

CALÍGULA *(siempre acariciador).* Es la virtud de los grandes corazones, Escipión. ¡Si por lo menos pudiera conocer tu transparencia! Pero conozco demasiado la fuerza de mi pasión por la vida; no le bastará la naturaleza. Tú no puedes comprenderlo. Eres de otro mundo. Eres puro en el bien, así como yo soy puro en el mal.

EL JOVEN ESCIPIÓN. Puedo comprender.

CALÍGULA. No. Eso que hay en mí, ese lago de silencio, esas hierbas podridas... (*Cambiando bruscamente de tono.*) Tu poema ha de ser hermoso. Pero si quieres mi opinión...

EL JOVEN ESCIPIÓN *(siempre estremecido).* Sí.

CALÍGULA. A todo eso le falta sangre.

Escipión, como picado por una víbora, se echa bruscamente hacia atrás y mira a Calígula con horror. Sigue retrocediendo y habla con voz sorda frente a Calígula, a quien mira con intensidad.

EL JOVEN ESCIPIÓN. ¡Ah, monstruo, monstruo infecto! Otra vez has representado. Acabas de hacer una comedia, ¿eh? ¿Y estás contento contigo mismo?

CALÍGULA *(con un poco de tristeza).* Hay algo de verdad en lo que dices. Hice comedia.

EL JOVEN ESCIPIÓN *(en el mismo tono).* ¡Qué corazón hediondo y sangriento has de tener! ¡Oh, cómo deben de torturarte tanto mal y tanto odio!

CALÍGULA *(suavemente).* Calla, ahora.

EL JOVEN ESCIPIÓN. ¡Cómo te compadezco y cómo te odio!

CALÍGULA *(colérico).* Calla.

EL JOVEN ESCIPIÓN. ¡Y qué soledad inmunda ha de ser la tuya!

CALÍGULA *(estallando, se arroja sobre él, lo toma del cuello y lo sacude).* ¿Soledad? ¿Acaso tú conoces la soledad? La de los poetas y la de los impotentes. ¿Soledad? ¿Pero cuál? Ah, no sabes que nunca se está solo. Y que a todas partes nos acompaña el mismo peso de porvenir y pasado. Los seres que hemos matado están con nosotros. Y con ésos sería

fácil. Pero los que hemos querido, los que no hemos querido y que nos quisieron, los pesares, el deseo, la amargura y la dulzura, las prostitutas y la pandilla de los dioses. *(Lo suelta y retrocede hasta su sitio.)* ¡Solo! ¡Ah, si por lo menos en lugar de esta soledad envenenada de presencias que es la mía, pudiera gustar la verdadera, el silencio y el temblor de un árbol! *(Sentado, con súbito cansancio.)* ¡La soledad! No, Escipión. La puebla un crujir de dientes y en toda ella resuenan ruidos y clamores perdidos. Y junto a las mujeres que acaricio, cuando la noche se cierra sobre nosotros y, lejos por fin de mi carne satisfecha, creo asir un poco de mí mismo entre la vida y la muerte, mi soledad entera se llena del agrio olor del placer en las axilas de la mujer que aún naufraga a mi lado.

Parece extenuado. Largo silencio.

EL JOVEN ESCIPIÓN pasa detrás de Calígula y se acerca, vacilante. Tiende una mano hacia Calígula y la apoya en su hombro. Calígula, sin volverse, la cubre con una de las suyas.

EL JOVEN ESCIPIÓN. Todos los hombres tienen una dulzura en la vida. Eso los ayuda a continuar. A ella recurren cuando se sienten demasiado gastados.

CALÍGULA. Es cierto, Escipión.

EL JOVEN ESCIPIÓN. ¿No hay, pues, en la tuya, nada semejante? ¿La proximidad de las lágrimas? ¿Un refugio silencioso?

CALÍGULA. Sí, a pesar de todo.

EL JOVEN ESCIPIÓN. ¿Y qué es?

CALÍGULA *(lentamente)*. El desprecio.

TELÓN

ACTO III

ESCENA I

Antes de levantarse el telón, ruido de címbalos y tambores. El telón se abre sobre una especie de barraca de feria. En el centro una colgadura, delante de la cual, sobre un pequeño estrado, se encuentran Helicón y Cesonia. Los cimbaleros a cada lado. Sentados, de espaldas a los espectadores, algunos Patricios y El Joven Escipión.

HELICÓN *(recitando en tono de charlatán de feria).* ¡Acercaos! Acercaos! *(Címbalos.)* Una vez más los dioses han dejado a la tierra. Cayo, César y dios, llamado Calígula, les ha prestado su forma humana. Acercaos, groseros mortales, el milagro sagrado se opera ante vuestros ojos. Por un favor especial al reino bendito de Calígula, los secretos divinos se ofrecen a todos los ojos.

Címbalos.

CESONIA. ¡Acercaos, señores! Adorad y dad vuestro óbolo. El misterio celestial hoy está al alcance de todos los bolsillos.

Címbalos.

HELICÓN. El Olimpo y sus entretelones, sus intrigas, sus pantuflas y sus lágrimas. ¡Acercaos! ¡Acercaos! ¡Toda la verdad sobre los dioses!

Címbalos.

CESONIA. Adorad y dad vuestro óbolo. Acercaos, señores. Va a empezar la función.

Címbalos. Movimiento de esclavos que llevan diversos objetos al estrado.

HELICÓN. Una reconstrucción de impresionante veracidad, una realización sin precedentes. Los decorados majestuosos del poder divino traídos a la tierra; una atracción sensacional y desmesurada, el rayo *(los esclavos encienden fuegos greciscos),* el trueno *(hacen rodar un tonel lleno de guijarros),* el mismo destino en su marcha triunfal. ¡Acercaos y contemplad!

Corre la colgadura y Calígula, disfrazado de Venus grotesca, aparece sobre un pedestal.

CALÍGULA *(amable).* Hoy soy Venus.

CESONIA. La adoración comienza. Prosternaos (*todos*, *salvo Escipión, se prosternan)* y repetid conmigo la oración sagrada a Calígula-Venus: "Diosa de los dolores y la danza..."

LOS PATRICIOS. "Diosa de los dolores y la danza..."

CESONIA. "Nacida de las olas, toda viscosa y amarga entre la sal y la espuma..."

LOS PATRICIOS. "Nacida de las olas, toda viscosa y amarga entre la sal y la espuma..."

CESONIA. "Tú, que eres como la risa y el pesar..."

LOS PATRICIOS. "Tú, que eres como la risa y el pesar..."

CESONIA. "El rencor y el impulso...."

LOS PATRICIOS. "El rencor y el impulso...."

CESONIA. "Enséñanos la indiferencia que hace renacer los amores..."

LOS PATRICIOS. "Enséñanos la indiferencia que hace renacer los amores..."

CESONIA. "Instrúyenos sobre la verdad de este mundo, que consiste en no tenerla..."

Los PATRICIOS. "Instrúyenos sobre la verdad de este mundo, que consiste en no tenerla..."

CESONIA. "Y concédenos fuerzas para vivir a la altura de esta verdad sin igual..."

Los PATRICIOS. "Y concédenos fuerzas para vivir a la altura de esta verdad sin igual..."

CESONIA. ¡Pausa!

LOS PATRICIOS. ¡Pausa!

CESONIA *(prosiguiendo).* "Cólmanos de tus dones, extiende sobre nuestros rostros tu crueldad imparcial, tu odio objetivo; abre por encima de nuestros ojos tus manos llenas de flores y de crímenes".

LOS PATRICIOS, "...tus manos llenas de flores y de crímenes".

CESONIA. "Acoge a tus hijos extraviados. Recíbelos en el desnudo asilo de tu amor indiferente y doloroso. Danos tus pasiones sin objeto, tus dolores privados de razón y tus alegrías sin porvenir..."

LOS PATRICIOS, "...y tus alegrías sin porvenir..."

CESONIA *(muy alto).* "Tú, tan vacía y tan ardiente, inhumana pero tan terrenal, embriáganos con el vino de tu equivalencia y sácianos para siempre en tu corazón negro y salino".

Los PATRICIOS. "Embriáganos con el vino de tu equivalencia y sácianos para siempre en tu corazón negro y salino".

Cuando los Patricios pronuncian la última frase, Calígula, hasta entonces inmóvil, resopla y dice con voz estentórea:

CALÍGULA. Concedido, hijos míos; vuestros ruegos serán satisfechos.

Se sienta en cuclillas en el pedestal. Los Patricios se prosternan uno por uno,

depositan el óbolo y se alinean a la derecha antes de desaparecer. El último, turbado, olvida el óbolo y se retira. Pero Calígula de un salto se pone de pie.

CALÍGULA. ¡Alto! Ven aquí, muchacho. Adorar está bien, pero mejor es enriquecer. Gracias. Así está bien. Si los dioses no tuvieran otras riquezas que el amor de los mortales, serían tan pobres como el pobre Calígula. Y ahora, señores, podéis marcharos y difundir por la ciudad el asombroso milagro que habéis presenciado: habéis visto a Venus, lo que se dice ver, con vuestros propios ojos, y Venus os ha hablado. Id, señores. *(Movimiento de los Patricios.)* ¡Un momento! Al salir, tomad por el pasillo de la izquierda. En el de la derecha aposté guardias para que os asesinaran.

Los Patricios salen con mucha prontitud y un poco de desorden. Los esclavos y los músicos desaparecen.

ESCENA II

Helicón amenaza a Escipión con el dedo.

HELICÓN. ¡Escipión, otra vez haciéndote el anarquista!

ESCIPIÓN *(a Calígula).* Has blasfemado, Cayo.

CALÍGULA. ¿Qué puede significar eso?

ESCIPIÓN. Mancillas el cielo después de ensangrentar la tierra.

HELICÓN. Este joven adora las grandes palabras.

Va a acostarse en un diván.

CESONIA *(muy tranquila).* Cómo te conduces, muchacho; hay en este momento en Roma hombres que mueren por discursos mucho menos elocuentes.

ESCIPIÓN. He resuelto decir la verdad a Cayo.

CESONIA. Bueno, Calígula, era lo que faltaba a tu reinado; ¡una bella figura moral!

CALÍGULA *(interesado).* ¿Así que crees en los dioses, Escipión?

ESCIPIÓN. No.

CALÍGULA. Entonces no comprendo : ¿por qué eres tan rápido para descubrir las blasfemias?

ESCIPIÓN. Puedo negar una cosa sin creerme obligado a mancharla o a quitar a los demás el derecho de creer en ella.

CALÍGULA. ¡Pero eso es modestia, modestia de verdad! ¡Oh, querido Escipión, qué contento estoy de ti! Y qué envidioso, ¿sabes? Porque es el único sentimiento que acaso no experimente jamás.

ESCIPIÓN. No me envidias a mí, sino a los mismos dioses.

CALÍGULA. Si lo permites, eso será el gran secreto de mi reinado. Todo lo que se me puede reprochar hoy es haber hecho otro pequeño progreso en la vía del poder y de la libertad. Para un hombre que ama el poder, hay en la rivalidad de los dioses algo irritante. La he suprimido. He probado a esos dioses ilusorios que un hombre, si se lo propone, puede ejercer, sin aprendizaje, el ridículo oficio que ellos desempeñan.

ESCIPIÓN. Esa es la blasfemia, Cayo.

CALÍGULA. No, Escipión, es clarividencia. Simplemente he comprendido que hay una sola manera de igualarse a los dioses: basta ser tan cruel como ellos.

ESCIPIÓN. Basta convertirse en tirano.

CALÍGULA. ¿Qué es un tirano?

ESCIPIÓN. Un alma ciega.

CALÍGULA. No es seguro, Escipión. Pero un tirano es un hombre que sacrifica pueblos a sus ideas o a su ambición. Yo no tengo ideas y ya no me queda nada que solicitar en materia de honores y poder. Si ejerzo el poder es para compensar.

ESCIPIÓN. ¿Qué?

CALÍGULA. La estupidez y el odio de los dioses.

ESCIPIÓN. El odio no compensa el odio. El poder no es una solución. Y conozco una manera de contrabalancear la hostilidad del mundo.

CALÍGULA. ¿Cuál?

ESCIPIÓN. La pobreza.

CALÍGULA *(arreglándose los pies).* Tendré que probarla también.

ESCIPIÓN. Mientras tanto, muchos hombres mueren a tu alrededor.

CALÍGULA. Tan pocos, Escipión, realmente. ¿Sabes cuántas guerras he rechazado?

ESCIPIÓN. No.

CALÍGULA. Tres. ¿Y sabes por qué las rechacé?

ESCIPIÓN. Porque te importa un bledo la grandeza de Roma.

CALÍGULA. No: porque respeto la vida humana.

ESCIPIÓN. Te burlas de mí, Cayo.

CALÍGULA. O por lo menos la respeto más que a un ideal de conquista. Pero es cierto que no la respeto más que a mi propia vida. Y si me resulta tan fácil matar, es porque no me resulta difícil morir. No, cuanto más lo pienso más me convenzo de que no soy un tirano.

ESCIPIÓN. ¿Qué importa si nos cuesta tan caro como si lo fueras?

CALÍGULA *(con un poco de impaciencia).* Si supieras contar sabrías que la menor guerra emprendida por un tirano razonable os costaría mil veces más caro que los caprichos de mi fantasía.

ESCIPIÓN. Pero por lo menos sería razonable y lo esencial es comprender.

CALÍGULA. Nadie comprende el destino y por eso me erigí en destino. He adoptado el rostro estúpido e incomprensible de los dioses. Eso es lo que tus compañeros de hace un momento han aprendido a adorar.

ESCIPIÓN. Y esa es la blasfemia, Cayo.

CALÍGULA. ¡No, Escipión, es arte dramático! El error de todos esos hombres reside en no creer bastante en el teatro. Si no fuera por eso, sabrían que a todo hombre le está permitido representar las tragedias celestiales y convertirse en dios. Basta endurecer el corazón.

ESCIPIÓN. Tal vez, Cayo. Pero si eso es cierto, creo que has hecho lo necesario para que un día, a tu alrededor, legiones de dioses humanos se levanten, implacables también, y ahoguen en sangre tu divinidad de un momento.

CESONIA. ¡Escipión!

CALÍGULA *(con voz precisa y dura).* Deja, Cesonia. No sabes cuánta verdad dices, Escipión: he hecho lo necesario. Apenas imagino el día de que hablas. Pero lo sueño a veces. Y en todos los rostros que avanzan entonces desde el fondo de la noche amarga, en sus facciones torcidas por el odio y la angustia, reconozco, sí maravillado, el único dios que adoré en este mundo: miserable y cobarde como el corazón humano. *(Irritado.)* Y ahora, vete. Has hablado de más. *(Cambiando de tono.)* Todavía tengo que pintarme los dedos de los pies. Me corre prisa.

Todos salen salvo Helicón, que gira en tomo a Calígula, absorto en el cuidado de sus pies.

ESCENA III

CALÍGULA. ¡Helicón!

HELICÓN. ¿Qué hay?

CALÍGULA. ¿Adelanta tu trabajo?

HELICÓN. ¿Qué trabajo?

CALÍGULA. ¡Bueno... la luna!

HELICÓN. Es cuestión de paciencia. Pero quisiera hablarte.

CALÍGULA. Quizá tuviera paciencia, pero no dispongo de mucho tiempo. Hay que darse prisa,

Helicón.

HELICÓN. Ya te lo dije, haré lo que pueda. Pero antes tengo cosas graves que anunciarte.

CALÍGULA *(como si no hubiera oído).* Fíjate que ya la he poseído.

HELICÓN. ¿A quién?

CALÍGULA. A la luna. HELICÓN. Sí, naturalmente. ¿Pero sabes que conjuran contra tu vida?

CALÍGULA. La he poseído enteramente. Sólo dos o tres veces, es cierto. Pero de todos modos la he poseído.

HELICÓN. Hace mucho que trato de hablarte.

CALÍGULA. Fue el verano pasado. Después de mirarla y acariciarla mucho sobre las columnas del jardín, acabó por comprender.

HELICÓN. Terminemos con ese juego, Cayo. Mi obligación es hablar aunque no quieras escucharme. Peor para ti si no oyes.

CALÍGULA *(sigue ocupado en teñirse las uñas de los pies).* Este barniz no vale nada. Pero volviendo a la luna, fue una hermosa noche de agosto. *(Helicón se aparta con despecho y calla, inmóvil.)* Hizo algunos remilgos. Yo ya me había acostado. Al principio, ella estaba ensangrentada, sobre el horizonte. Luego empezó a subir, cada vez más ligera, con rapidez creciente. Cuanto más subía, más clara iba haciéndose. Llegó a ser un lago de agua lechosa en medio de aquella noche llena de estrellas apretadas. Llegó entonces con el calor, dulce, ligera y desnuda. Cruzó el umbral del aposento y con segura lentitud llegó hasta mi cama, Decididamente, este barniz no vale nada. Pero ya ves, Helicón, puedo decir sin jactancia que la he poseído.

HELICÓN. ¿Quieres escucharme y enterarte de lo que te amenaza?

CALÍGULA *(se detiene y lo mira fijamente).* Sólo quiero la luna, Helicón. Sé de antemano quién me matará. Todavía no he agotado todo lo que puede hacerme vivir. Por eso quiero la luna. Y no reaparezcas antes de habérmela conseguido.

HELICÓN. Entonces cumpliré con mi deber y diré lo que tengo que decir. Han organizado una conspiración contra ti. Quereas es el jefe. He sorprendido esta tablilla que puede enterarte de lo esencial.

Helicón deja la tablilla en uno de los asientos y se retira.

CALÍGULA. ¿Adonde vas, Helicón?

HELICÓN *(en el umbral).* A buscarte la luna.

ESCENA IV

Llaman débilmente a la puerta del fondo. Calígula se vuelve con brusquedad y ve al Viejo Patricio.

EL VIEJO PATRICIO *(vacilante).* ¿Me permites, Cayo?

CALÍGULA *(impaciente).* Bueno, entra. *(Mirándolo.)* ¡Vaya, preciosa, venimos a ver de nuevo a Venus!

EL VIEJO PATRICIO. No, no es eso. ¡Shh! ¡Oh!, perdón, Cayo... Quiero decir... Tú sabes que te quiero mucho... y además lo único que deseo es terminar tranquilo mis últimos días...

CALÍGULA. ¡Démonos prisa! ¡Démonos prisa!

EL VIEJO PATRICIO. En fin... *(Muy rápido.)* Es muy grave, eso es todo.

CALÍGULA. No, no es grave.

EL VIEJO PATRICIO. ¿Pero qué cosa, Cayo?

CALÍGULA. ¿De qué hablábamos, amor mío?

EL VIEJO PATRICIO *(mirando a su alrededor).* Es decir... *(Se retuerce y termina por estallar.)* Una conspiración contra ti...

CALÍGULA. Ya lo ves, es lo que yo decía, nada grave.

EL VIEJO PATRICIO. Cayo, quieren matarte.

CALÍGULA *(se le acerca y lo toma de los hombros).* ¿Sabes porqué no puedo creerte?

EL VIEJO PATRICIO *(haciendo ademán de jurar).* Por todos los dioses, Cayo...

CALÍGULA *(suavemente y empujándolo poco a poco hacia la puerta).* No jures, sobre todo no jures. Escucha, en cambio. Si lo que dices fuera cierto, tendría que suponer que traicionas a tus amigos, ¿no es así?

EL VIEJO PATRICIO *(un poco perdido).* Es decir, Cayo, que mi amor por ti...

CALÍGULA *(en el mismo tono).* Y no puedo suponer eso. He detestado tanto la cobardía que nunca podría evitar la muerte de un traidor. Bien sé lo que vales. Y seguramente no querrás traicionar ni morir.

EL VIEJO PATRICIO. ¡Seguramente, Cayo, seguramente!

CALÍGULA. Ya ves, entonces, que tenía razón al no creerte. No eres un cobarde, ¿verdad?

EL VIEJO PATRICIO. Oh, no...

CALÍGULA. Ni un traidor.

EL VIEJO PATRICIO. Ni qué decirlo, Cayo.

CALÍGULA. Y en consecuencia, si no hay conspiración, dime, ¿sólo era una broma?

EL VIEJO PATRICIO *(descompuesto).* Una broma, una simple broma...

CALÍGULA. Nadie quiere matarme, ¿no es evidente?

EL VIEJO PATRICIO. Nadie, claro está, nadie.

CALÍGULA *(respirando con fuerza; luego, lentamente).* Entonces lárgate, ricura. Un hombre honorable es un animal tan raro en este mundo que no podría soportar su vista demasiado tiempo. Necesito quedarme solo para saborear este gran momento.

ESCENA V

Calígula contempla un instante la tablilla desde su sitio. La toma y la lee. Respira hondo y llama a un guardia.

CALÍGULA. Trae a Quereas.

El guardia sale.

CALÍGULA. Un momento.

El guardia se detiene.

CALÍGULA. Con cuidado.

El guardia sale.

Calígula va y viene. Luego se dirige hacia el espejo.

CALÍGULA. Habías decidido ser lógico, idiota. Sólo es cuestión de saber hasta dónde llegarán las cosas. *(Irónico.)* Si te trajeran la luna, todo cambiaría, ¿verdad? Lo imposible resultaría posible y al mismo tiempo, de una vez, todo se transfiguraría. ¿Por qué no, Calígula? ¿Quién puede saberlo? *(Mirá a su alrededor.)* Cada vez hay menos gente a mi alrededor, es curioso. *(Al espejo, con voz sorda.)* Demasiados muertos, demasiados muertos; todo queda desguarnecido. Aunque me trajeran la luna, no podría echarme atrás. Aunque los muertos se estremecieran de nuevo bajo la caricia del sol, los asesinatos no volverían bajo tierra. *(Con acento furioso.)* La lógica, Calígula, hay que perseguir la lógica. El poder hasta el fin, el abandono hasta el fin. ¡No, no es posible volver atrás; es preciso llegar hasta la consumación!

Entra Quereas.

ESCENA VI

CALÍGULA se *ha echado un poco hacia atrás en el asiento, envuelto en su manto. Parece extenuado.*

QUEREAS. Me has llamado, Cayo.

CALÍGULA *(con voz débil).* Sí, Quereas.

Silencio.

QUEREAS. ¿Tienes algo especial que decirme?

CALÍGULA. No, Quereas.

Silencio.

QUEREAS *(un poco irritado).* ¿Estás seguro de que mi presencia es necesaria?

CALÍGULA. Absolutamente seguro, Quereas.

Nuevo silencio.

CALÍGULA *(Súbitamente solícito).* Pero discúlpame. Estoy distraído y te recibo muy mal. Siéntate y conversemos como amigos. Necesito hablar un poco con alguien inteligente.

Quereas se sienta.

CALÍGULA *(natural, al parecer, por primera vez desde el comienzo de la obra).* Quereas, ¿crees que dos hombres de alma y orgullo semejantes pueden hablarse, por lo menos una vez en la vida, con el corazón en la mano, como si estuvieran desnudos uno frente al otro, despojados de los prejuicios, de los intereses particulares y de las mentiras de que viven?

QUEREAS. Pienso que es posible, Cayo. Pero creo que tú eres incapaz.

CALÍGULA. Tienes razón. Sólo quería saber si pensabas como yo. Cubrámonos, pues, con las máscaras. Utilicemos las mentiras. Hablemos como se combate, cubiertos hasta la guarnición. Quereas, ¿por qué no me quieres?

QUEREAS. Porque no hay nada amable en ti, Cayo. Porque estas cosas no se ordenan. Y además, porque te comprendo demasiado bien y no se puede querer ese rostro que tratarnos de enmascarar en nosotros mismos.

CALÍGULA. ¿Por qué me odias?

QUEREAS. En eso te equivocas, Cayo. No te odio. Te juzgo nocivo y cruel, egoísta y vanidoso. Pero no puedo odiarte porque no te creo feliz. Y no puedo despreciarte porque sé que no eres cobarde.

CALÍGULA. Entonces, ¿por qué quieres matarme?

QUEREAS. Ya te lo dije: te juzgo nocivo. Me gusta la seguridad y la necesito. La mayoría de los hombres son como yo. Son incapaces de vivir en un universo donde el pensamiento

más descabellado puede en un segundo entrar en la realidad; donde, la mayoría de las veces, entra en ella como el cuchillo en el corazón. Tampoco yo quiero vivir en semejante universo. Prefiero la seguridad.

CALÍGULA. La seguridad y la lógica no marchan juntas.

QUEREAS. Es cierto. No es lógico pero es sano.

CALÍGULA. Continúa.

QUEREAS. No tengo nada más que decirte. No quiero entrar en tu lógica. Tengo otra idea de mis deberes de hombre. Sé que la mayoría de tus súbditos piensa como yo. Eres molesto para todos. Es natural que desaparezcas.

CALÍGULA. Todo eso es muy claro y muy legítimo. Para la mayoría de los hombres hasta sería evidente. No para ti, sin embargo. Eres inteligente y la inteligencia se paga caro o se niega. Yo pago, pero tú, ¿por qué no la niegas y no quieres pagar?

QUEREAS. Porque tengo ganas de vivir y de ser feliz. Creo que no es posible ni lo uno ni lo otro llevando lo absurdo hasta sus últimas consecuencias. Soy como todo el mundo. Para sentirme liberado de ello, deseo a veces la muerte de aquellos a quienes amo, codicio mujeres que las leyes de la familia o de la amistad me vedan. Para ser lógico, debería entonces matar o poseer. Pero juzgo que esas ideas vagas no tienen importancia. Si todo el mundo se metiera a realizarlas, no podríamos vivir ni ser felices. Una vez más lo digo: eso es lo que me importa.

CALÍGULA. Así que necesitas creer en alguna idea superior.

QUEREAS. Creo que unas acciones son más bellas que otras.

CALÍGULA. Yo creo que todas son equivalentes.

QUEREAS. Lo sé, Cayo, y por eso no te odio. Pero eres molesto y tienes que desaparecer.

CALÍGULA. Es muy justo. Pero, ¿a qué anunciármelo con riesgo de tu vida?

QUEREAS. Porque otros me reemplazarán y porque no me gusta mentir.

Silencio.

CALÍGULA. ¡Quereas!

QUEREAS. Sí, Cayo.

CALÍGULA. ¿Crees que dos hombres de alma y orgullo semejantes pueden hablarse, por lo menos una vez en la vida, con el corazón en la mano?

QUEREAS. Creo que es lo que acabamos de hacer.

CALÍGULA. Sí, Quereas. Sin embargo, tú me juzgabas incapaz de ello.

QUEREAS. Me equivocaba, Cayo, lo reconozco y te doy las gracias. Ahora espero tu sentencia.

CALÍGULA *(distraído).* ¿Mi sentencia? Ah, quieres decir... *(Sacando la tablilla de debajo del manto.)* ¿Conoces esto, Quereas?

QUEREAS. Sabía que estaba en tus manos.

CALÍGULA *(con pasión).* Sí, Quereas, y tu misma franqueza era simulada. Los dos hombres no se han hablado con el corazón en la mano. Pero no importa. Ahora vamos a interrumpir el juego de la sinceridad y reanudaremos la vida del pasado. Aún debes tratar de comprender lo que voy a decirte, aún debes soportar mis ofensas y mi mal humor. Escucha, Quereas. Esta tablilla es la única prueba.

QUEREAS. Me voy, Cayo. Estoy cansado de todo este juego grotesco. Lo conozco demasiado y no quiero verlo más.

CALÍGULA *(con la misma voz apasionada y atenta).* Quédate un momento. Es la única prueba, ¿verdad?

QUEREAS. No creo que necesites pruebas para hacer morir a un hombre.

CALÍGULA. Es cierto. Pero por una vez quiero contradecirme. A nadie le molesta. Y es tan grato contradecirse de vez en cuando. Es un descanso. Necesito descanso, Quereas.

QUEREAS. No comprendo, y no me gustan las complicaciones. CALÍGULA. Por supuesto. Quereas. Tú eres un hombre sano. ¡No deseas nada extraordinario! *(Lanzando una carcajada.)* ¡Quieres vivir y ser feliz! ¡Sólo eso!

QUEREAS. Creo que es preferible terminar.

CALÍGULA. Todavía no. Un poco de paciencia, ¿quieres? Tengo esta prueba, mírala. Quiero pensar que no puedo haceros morir sin ella. Es mi opinión y mi descanso. Bueno, ¡mira cómo terminan las pruebas en manos de un emperador! *(Acerca la tablilla a una antorcha. Quereas se le acerca. La antorcha los separa. La tablilla se derrite.)* ¡Ya lo ves, conspirador! Se derrite, y a medida que desaparece esta prueba, una mañana de inocencia se levanta sobre tu rostro. ¡Qué admirable frente pura tienes, Quereas! ¡Qué hermoso, qué hermoso es un inocente! Admira mi poder. Ni los mismos dioses pueden restituir la inocencia sin castigar antes. Y a tu emperador le basta una llama para absolverte y alentarte. Continúa, Quereas, prosigue hasta el fin el magnífico razonamiento que expusiste. Tu emperador aguarda el descanso. Es su manera de vivir y de ser feliz.

Quereas mira a Calígula con estupor. Esboza apenas un ademán, parece comprender, abre la boca y parte bruscamente. Calígula continúa sosteniendo la tablilla en la llama y, sonriente, sigue a Quereas con la mirada.

TELÓN

ACTO IV

ESCENA I

El escenario está en semioscuridad. Entran Quereas y Escipión. Quereas se dirige a la derecha, luego a la izquierda y vuelve hacia Escipión. ESCIPIÓN *(con semblante cerrado).* ¿Qué quieres de mí?

QUEREAS. El tiempo apremia. Debemos estar seguros de lo que haremos.

ESCIPIÓN. ¿Quién te dijo que no estoy seguro?

QUEREAS. No viniste a nuestra reunión de ayer.

ESCIPIÓN *(apartándose).* Es verdad, Quereas.

QUEREAS. Escipión, tengo más años que tú y no acostumbro pedir ayuda. Pero lo cierto es que te necesito. Este asesinato exige fiadores respetables. En medio de tanta vanidad herida y tanto innoble temor, sólo las tuyas y las mías son razones puras. Sé que si nos abandonas, no traicionarás nada. Pero eso es indiferente. Lo que deseo es que te quedes con nosotros.

ESCIPIÓN. Comprendo. Pero te juro que no puedo.

QUEREAS. ¿Entonces estás con él?

ESCIPIÓN. No. Pero no puedo estar contra él. *(Una pausa; luego, sordamente.)* Si lo matara, mi corazón por lo menos estaría con él.

QUEREAS. ¡Sin embargo mató a tu padre!

ESCIPIÓN. Sí, ahí empieza todo. Pero también ahí todo termina.

QUEREAS. El niega lo que tú crees. Escarnece lo que veneras.

ESCIPIÓN. Es cierto, Quereas. Pero hay algo en mí que se le asemeja. La misma llama nos quema el corazón.

QUEREAS. Hay momentos en que es preciso elegir. Yo acallé en mí lo que podía asemejársele.

ESCIPIÓN. No puedo elegir porque además de lo que padezco, padezco también porque él padece. Mi desgracia es comprenderlo todo.

QUEREAS. Entonces eliges darle la razón.

ESCIPIÓN *(con un grito).* ¡Oh, por favor, Quereas, para mí ya nadie tendrá nunca razón!

Pausa; se miran.

QUEREAS *(emocionado, acercándose a Escipión).* ¿Sabes que lo odio aún más por lo que ha hecho de ti?

ESCIPIÓN. Sí, me enseñó a exigirlo todo.

QUEREAS. No, Escipión, te ha desesperado. Y desesperar a un alma joven es un crimen que supera todos los que ha cometido hasta ahora. Te aseguro que bastaría para que yo lo matara con furor.

Se dirige a la salida. Entra Helicón.

ESCENA II

HELICÓN. Te buscaba, Quereas. Calígula organiza aquí una pequeña reunión amistosa. Debes esperarlo. *(Se vuelve hacia Escipión.)* A ti nadie te necesita, pichón. Puedes marcharte.

ESCIPIÓN *(en el momento de salir, se vuelve hacia Quereas).* ¡Quereas!

QUEREAS *(con mucha dulzura).* Sí, Escipión.

ESCIPIÓN. Trata de comprender.

QUEREAS *(con mucha dulzura).* No, Escipión.

Escipión y Helicón salen.

ESCENA III

Ruido de armas entre bastidores. Aparecen dos Guardias a la derecha, con El Viejo Patricio y el Primer Patricio, quienes dan muestras de terror.

PRIMER PATRICIO *(al* Guardia, *tratando de dar firmeza a su voz).* Pero, ¿qué nos quieren a esta hora de la noche?

EL GUARDIA. Siéntate ahí. *(Señala los asientos de la derecha.)*

PRIMER PATRICIO. Si ha de hacernos morir como a los demás, no se necesitan tantas historias.

EL GUARDIA. Siéntate ahí, mula vieja.

EL VIEJO PATRICIO. Sentémonos. Este hombre no sabe nada. Es evidente.

EL GUARDIA. Sí, ricura, es evidente. *(Sale.)*

PRIMER PATRICIO. Era necesario proceder rápido, lo sabía. Ahora nos espera la tortura.

El Guardia vuelve con Quereas y sale.

ESCENA IV

QUEREAS (*tranquilo*, *sentándose)*. ¿Qué pasa?

PRIMER PATRICIO Y EL VIEJO PATRICIO *(a un tiempo)*. Han descubierto la conjuración.

QUEREAS. ¿Y qué?

EL VIEJO PATRICIO *(temblando)*. La tortura.

QUEREAS *(impasible)*. Recuerdo que Calígula dio 81.000 sestercios a un esclavo ladrón que no confesó, a pesar de la tortura.

PRIMER PATRICIO. Mucho adelantamos con eso.

QUEREAS. No, pero es prueba de que le gusta el valor. Y debierais tomarlo en cuenta. *(Al Viejo Patricio.)* ¿No podrías dejar de castañetear los dientes? Me crispa ese ruido.

EL VIEJO PATRICIO. Es que...

PRIMER PATRICIO. Basta de historias. Nos estamos jugando la vida.

QUEREAS *(sin inmutarse)*. ¿Conocéis la frase favorita de Calígula?

EL VIEJO PATRICIO *(casi sin lágrimas)*. Sí. Se la dice al verdugo: "Mátalo lentamente para que se sienta morir".

QUEREAS. No, es mejor. Después de una ejecución, bosteza y dice con seriedad: "Lo que más admiro es mi insensibilidad".

PRIMER PATRICIO. ¿Oís? *(Ruido de armas.)*

QUEREAS. Esa frase revela una debilidad.

EL VIEJO PATRICIO. ¿No te importaría dejar de hacer filosofía? Me da grima.

Entra por el fondo un esclavo que trae armas y las coloca sobre un asiento.

QUEREAS *(que no lo ha visto)*. Reconozcamos por lo menos que este hombre ejerce una influencia innegable. Obliga a pensar. Obliga a todo el mundo a pensar. La inseguridad hace pensar .Y por eso lo persiguen tantos odios.

EL VIEJO PATRICIO *(temblando).* Mira.

QUEREAS (ve las armas; le cambia un poco la voz). Quizá tuvieras razón.

PRIMER PATRICIO. Había que proceder rápido. Hemos esperado de más.

QUEREAS. Sí. Es una lección que se aprende un poco tarde.

EL VIEJO PATRICIO. Pero esto es una locura. No quiero morir.

Se levanta y pretende escapar. Aparecen dos Guardias y lo detienen a la fuerza después de abofetearlo. El Primer Patricio se desploma en su asiento. Quereas dice algunas palabras que no se oyen. De improviso una extraña música, agria, saltarina, de sistros y címbalos, irrumpe en el fondo. Los Patricios guardan silencio y miran. Calígula, con vestido como de bailarina y flores en la cabeza, aparece como sombra chinesca detrás de la cortina del fondo, remeda algunos ridículos movimientos de la danza y desaparece. Poco después un Guardia dice con voz solemne: "El espectáculo ha terminado". Entretanto, Cesonia entra silenciosamente por detrás de los espectadores. Habla con una voz neutra que, sin embargo, los sobresalta.

ESCENA V

CESONIA. Calígula me ha encargado deciros que os citaba por asuntos de Estado, pero que hoy os había invitado a comulgar con él en una emoción artística. *(Pausa; luego, con la misma voz.)* Agregó, además, que a quien no hubiera comulgado, se le cortaría la cabeza.

Callan.

CESONIA. Disculpadme si insisto. Pero debo preguntaros si os ha parecido hermosa esta danza.

PRIMER PATRICIO, *(después de una vacilación).* Fue hermosa, Cesonia.

EL VIEJO PATRICIO *(desbordante de gratitud).* ¡Oh, sí, Cesonia!

CESONIA. ¿Y tú, Quereas?

QUEREAS *(fríamente).* Fue gran arte.

CESONIA. Perfecto; ahora podré informar a Calígula.

Sale.

ESCENA VI

QUEREAS. Y ahora a darse prisa. Quedaos aquí los dos. Esta noche seremos un centenar.

(Sale.)

EL VIEJO PATRICIO. ¡Quedaos aquí! ¡Quedaos aquí! Bien que me gustaría irme. *(Husmea.)* Aquí huele a muerte.

PRIMER PATRICIO. O a mentira. *(Tristemente.)* Dije que la danza era hermosa.

EL VIEJO PATRICIO *(conciliador)*. Lo era, en cierto sentido. Lo era.

Interrumpen de pronto varios patricios y caballeros.

ESCENA VII

SEGUNDO PATRICIO. ¿Qué pasa? ¿Lo sabéis? El emperador nos ha hecho llamar.

EL VIEJO PATRICIO *(distraído)*. Quizá sea para la danza.

SEGUNDO PATRICIO. ¿Qué danza?

EL VIEJO PATRICIO. Sí, bueno, la emoción artística.

TERCER PATRICIO. Me dijeron que Calígula estaba muy enfermo.

PRIMER PATRICIO. Lo está.

TERCER PATRICIO. ¿Y qué tiene? *(Encantado.)* Por todos los dioses, ¿está por morir?

PRIMER PATRICIO. No lo creo. Su enfermedad sólo es mortal para los demás.

EL VIEJO PATRICIO. Si así puede decirse.

SEGUNDO PATRICIO. Te comprendo. ¿Pero no tiene alguna enfermedad menos grave y más ventajosa para nosotros?

PRIMER PATRICIO. No, esa enfermedad no admite competencia. Con permiso, debo ver a Quereas. *(Sale.)*

Entra Cesonia; breve silencio.

ESCENA VIII

CESONIA *(con indiferencia).* Calígula está enfermo del estómago. Ha vomitado sangre.

Los *Patricios la rodean.*

SEGUNDO PATRICIO. Oh, dioses todopoderosos; si se restablece, prometo entregar 200.000 sestercios al Tesoro del Estado.

TERCER PATRICIO *(exagerando).* Júpiter, toma mi vida a cambio de la suya.

Calígula ha entrado hace un momento. Escucha.

CALÍGULA *(avanzando hacia el Segundo Patricio).* Acepto tu ofrenda, Lucio. Te lo agradezco. Mi tesorero se presentará mañana en tu casa. *(Se acerca al Tercer Patricio y lo besa.)* No puedes imaginarte qué conmovido estoy. *(Pausa; luego tiernamente.)* ¿Así que me quieres?

TERCER PATRICIO *(emocionado).* César, no hay nada que por ti no entregara inmediatamente.

CALÍGULA *(besándolo de nuevo).* Ah, esto es demasiado, Casio. No merezco tanto amor. (*Casio hace ademán de protesta.)* No, no, te digo que no. Soy indigno de él. *(Llama a los Guardias.)* Llevadlo. *(A Casio, dulcemente.)* Anda, amigo. Y recuerda que Calígula te ha entregado el corazón.

TERCER PATRICIO *(vagamente inquieto).* ¿Pero adonde me llevan?

CALÍGULA. A la muerte, hombre. Has dado tu vida por la mía. Ya me siento mejor. Ni siquiera tengo ese horrible gusto a sangre en la boca. Me has curado. ¿Estás contento, Casio, de poder dar tu vida por otro, cuando ese otro se llama Calígula? Ya estoy de nuevo dispuesto a todas las fiestas. *Se llevan a Casio, que resiste y grita.*

TERCER PATRICIO. No quiero. Esto es una broma.

CALÍGULA *(soñador entre los gritos).* Los caminos que bordean el mar pronto estarán cubiertos de mimosas. Las mujeres llevarán vestidos de telas livianas. ¡Un gran cielo fresco y resplandeciente, Casio! ¡Las sonrisas de la vida!

Casio está a punto de salir. Cesonia lo empuja suavemente.

CALÍGULA *(volviéndose, súbitamente serio).* Amigo mío, si hubieras querido bastante a la vida, no la habrías jugado con tanta imprudencia.

Se llevan a Casio.

CALÍGULA *(volviendo hacia la mesa).* Y el que ha perdido, debe pagar siempre. *(Una pausa.)* Ven, Cesonia. *(Se vuelve hacia los otros.)* A propósito, se me ha ocurrido un hermoso pensamiento que quiero compartir con vosotros. Hasta ahora mi reinado ha sido demasiado feliz. Ni peste universal, ni religión cruel, ni siquiera un golpe de Estado; en una palabra, nada que pueda haceros pasar a la posteridad. En parte por eso, sabéis, trato de compensar la prudencia del destino. Quiero decir... no sé si me habéis comprendido *(con una risita.),* en fin, yo reemplazo a la peste. *(Cambiando de tono.)*

Pero callad. Aquí está Quereas. Te toca a ti, Cesonia. *(Sale. Entran Quereas y el Primer Patricio).*

ESCENA IX

Cesonia se dirige vivamente al encuentro de Quereas.

CESONIA. Calígula ha muerto. *(Vuelve la cara como si llorara, y mira fijo a los demás, que callan. Todo el mundo parece consternado, pero por razones diferentes.)*

PRIMER PATRICIO. ¿Estás... estás segura de esa desgracia? No es posible, danzó hace un rato.

CESONIA. Justamente. El esfuerzo acabó con él.

Quereas va rápidamente del uno al otro y se vuelve hacia Cesonia. Todo el mundo guarda silencio.

CESONIA *(lentamente).* No dices nada, Quereas.

QUEREAS *(también lentamente).* Es una gran desgracia, Cesonia.

Calígula entra brutalmente y se acerca a Quereas.

CALÍGULA. Estuviste bien, Quereas. *(Gira sobre sí mismo y mira a los demás. De mal humor*.) Bueno.Falló. (.A Cesonia.)No olvides lo que te dije. *(Sale.)*

ESCENA X

Cesonia, en silencio, lo mira marcharse.

EL VIEJO PATRICIO *(sostenido por una esperanza infatigable).* ¿Estará enfermo, Cesonia?

CESONIA *(mirándolo con odio).* No, ricura, pero lo que ignoras es que este hombre duerme dos horas todas las noches, y el resto del tiempo, incapaz de descansar, ambula por las galerías del palacio. Lo que ignoras, lo que nunca te has preguntado es en qué piensa este hombre durante las horas mortales que van desde la medianoche hasta la salida del sol. ¿Enfermo? No, no lo está. A menos que inventes un nombre y medicamentos para las úlceras que cubren su alma.

QUEREAS *(en apariencia conmovido).* Tienes razón, Cesonia. No ignoramos que Cayo...

CESONIA *(más rápido).* No, no lo ignoráis. Pero como todos los que no tienen alma, no podéis

soportar a los que tienen demasiada. ¡Demasiada alma! Eso es lo que molesta, ¿verdad? Entonces se le llama enfermedad; los pedantes quedan justificados y contentos. *(En otro tono.)* ¿Alguna vez has amado, Quereas?

QUEREAS *(de nuevo dueño de sí).* Ya somos demasiado viejos para aprender a hacerlo, Cesonia. Y además, no es seguro que Calígula nos dé tiempo.

CESONIA *(que se ha recobrado).* Es cierto. *(Se sienta.)* Casi olvido las recomendaciones de Calígula. Todos sabéis que hoy es un día consagrado al arte.

EL VIEJO PATRICIO. ¿Según el calendario?

CESONIA. No, según Calígula. Ha citado a algunos poetas. Les propondrá una composición improvisada sobre un tema determinado. Desea que aquellos de vosotros que sean poetas concurran especialmente. Ha designado en particular al joven Escipión y a Mételo.

MÉTELO. Pero no estamos preparados.

CESONIA *(como si no hubiera oído, con voz neutra).* Naturalmente, habrá recompensas. También hay castigos. *(Ligero retroceso de los otros.)* Os diré, en confianza, que no son muy graves.

Entra Calígula. Está más sombrío que nunca.

ESCENA XI

CALÍGULA. ¿Está todo listo?

CESONIA. Todo. *(A un Guardia.)* Haced entrar a los poetas.

Entran, de a dos, una docena de Poetas que bajan por la derecha a paso cadencioso.

CALÍGULA. ¿Y los otros?

CESONIA. ¡Mételo y Escipión!

Los dos se unen a los Poetas. Calígula se sienta al fondo, a la izquierda, con Cesonia y el resto de los Patricios. Breve silencio.

CALÍGULA. Tema: la muerte. Plazo: un minuto.

Los poetas escriben precipitadamente en las tablillas.

EL VIEJO PATRICIO. ¿Quién hará de jurado?

CALÍGULA. Yo. ¿No es suficiente?

EL VIEJO PATRICIO. Oh, sí, absolutamente suficiente.

QUEREAS. ¿Participarás en el concurso, Cayo?

CALÍGULA. Es inútil. Hace tiempo hice mi composición sobre el tema.

EL VIEJO PATRICIO *(solícito)* ¿Cómo se puede leerla?

CALÍGULA. A mi manera, la recito todos los días.

Cesonia lo mira, angustiada.

CALÍGULA *(brutalmente).* ¿Qué tengo en la cara que te desagrada?

CESONIA *(suavemente).* Perdóname.

CALÍGULA. Ah, por favor, nada de humildad. Sobre todo, nada de humildad. ¡Ya eres difícil de soportar, pero tu humildad...!

Cesonia sube lentamente.

CALÍGULA *(a Quereas).* Continúo. Es la única composición que he escrito. Pero también prueba que soy el único artista que Roma haya conocido, el único, ¿oyes?, que ponga de acuerdo su pensamiento con sus actos.

QUEREAS. Es sólo cuestión de poder. CALÍGULA. Así es. Los otros crean por falta de poder. Yo no necesito una obra: yo vivo. *(Brutalmente.)* Bueno, y vosotros, ¿ya estáis?

MÉTELO. Ya estamos, creo.

TODOS. Sí.

CALÍGULA. Bueno, escuchadme bien. Os levantaréis. Yo tocaré el silbato. El primero empezará la lectura. Al oír el silbato ha de detenerse y empezará el segundo. Y así sucesivamente. El vencedor, naturalmente, será aquel cuya composición no haya interrumpido el silbato. Preparaos. *(Se vuelve hacia Quereas; confidencial.)* Se necesita organización en todo, hasta en arte.

Silbato.

PRIMER POETA. Muerte, cuando más allá de las negras orillas...

Silbato. El Poeta desciende por la derecha. Los otros harán lo mismo.

Escena mecánica.

SEGUNDO POETA. Las tres parcas en su antro... *(Silbato.)*

TERCER POETA. Te llamo, oh muerte...*(Silbato rabioso.)*

EL Cuarto Poeta avanza y adopta una actitud declamatoria. El silbato resuena antes de que haya hablado.

QUINTO POETA. Cuando era un niñito...

CALÍGULA *(gritando).* ¡No! ¿Qué relación puede tener con el tema la infancia de un imbécil? ¿Quieres decirme dónde está la relación?

QUINTO POETA. Pero, Cayo, no he terminado... *(Silbato estridente.)*

SEXTO POETA *(avanza aclarándose la voz).* Inexorable, camina... *(Silbato.)*

SÉPTIMO POETA *(misterioso).* Recóndita y difusa oración... *(Silbato entrecortado.)*

Escipión avanza sin tablillas.

CALÍGULA. ¿No tienes tablillas?

ESCIPIÓN. No las necesito.

CALÍGULA. Veamos. *(Mordisquea el silbato.)*

ESCIPIÓN (muy cerca de Calígula, sin mirar y con una especie de cansancio):"¡Caza de la dicha que purifica a los seres, cielo en que el sol chorrea, fiestas únicas y salvajes, delirio mío sin esperanza!..."

CALÍGULA *(suavemente).* Detente, ¿quieres? Los otros no necesitan competir. *(A Escipión.)* Eres muy joven para conocer las verdaderas lecciones de la muerte.

ESCIPIÓN *(mirando fijo a Calígula).* Era muy joven para perder a mi padre.

CALÍGULA *(apartándose bruscamente).* Vamos, vosotros a formar fila. Un falso poeta es un castigo demasiado duro para mi gusto. Hasta hoy había pensado conservaros como aliados y a veces imaginaba que formaríais el último cuadro de mis defensores. Pero es inútil; os arrojaré entre mis enemigos. Los poetas están contra mí; puedo decir que éste es el fin. ¡Salid en orden! Desfilaréis ante mí, lamiendo las tablillas para borrar las huellas de vuestras infamias. ¡Atención! ¡Adelante!

Silbidos rítmicos. Los Poetas salen por la derecha marcando el paso y lamiendo sus inmortales tablillas.

CALÍGULA *(en voz muy baja).* Y salid todos.

En la puerta, Quereas retiene al Primer Patricio por el hombro.

QUEREAS. Ha llegado el momento.

El joven Escipión, que ha oído, vacila en el umbral de la puerta y se acerca a Calígula.

CALÍGULA (con *maldad).* ¿No puedes dejarme en paz, como lo hace ahora tu padre?

ESCENA XII

ESCIPIÓN. Vamos, Cayo, todo esto es inútil. Ya sé que has elegido.

CALÍGULA. Déjame.

ESCIPIÓN. Te dejaré, sí, porque creo haberte comprendido. Ni para ti ni para mí, que me parezco tanto a ti, hay ya salida. Voy a marcharme muy lejos a buscar las razones de todo esto. *(Pausa; mira a Calígula. Con fuerte acento.)* Adiós, querido Cayo. Cuando

todo haya terminado, no olvides que te he querido. *(Sale.)*

Calígula lo mira. Hace un ademán. Pero se sacude brutalmente y vuelve junto a Cesonia.

CESONIA. ¿Qué dijo?

CALÍGULA. No está a tu alcance.

CESONIA. ¿En qué piensas?

CALÍGULA. En aquél. Y en ti también. Pero es lo mismo.

CESONIA. ¿Qué pasa?

CALÍGULA *(mirándola)*. Escipión se ha marchado. He terminado con la amistad. Pero me pregunto por qué estás tú todavía....

CESONIA. Porque te gusto.

CALÍGULA. No. Si te hiciera matar, creo que comprendería.

CESONIA. Sería una solución. Hazlo, pues. ¿Pero no puedes, siquiera por un minuto, despreocuparte y vivir libremente?

CALÍGULA. Hace ya varios años que me ejercito en vivir libremente.

CESONIA. No es así como lo entiendo. Compréndeme. Puede ser tan bueno vivir y amar en la pureza del propio corazón.

CALÍGULA. Cada uno se gana la pureza como puede. Yo, persiguiendo lo esencial. Nada de eso me impide, por lo demás, hacerte matar. *(Ríe.)* Sería la coronación de mi carrera.

Calígula se levanta y hace girar el espejo. Camina en círculo, con los brazos colgando, casi sin ademanes, como un animal.

CALÍGULA. Es curioso. Cuando no mato, me siento solo. Los vivos no bastan para poblar el universo y alejar el tedio. Cuando estáis todos aquí, me hacéis sentir un vacío sin medida donde no puedo mirar. Sólo estoy bien entre mis muertos.(Se *planta frente al público, un poco inclinado hacia adelante, olvidado de Cesonia.)* Ellos son verdaderos. Son como yo. Me esperan y me apremian. *(Menea la cabeza.)* Tengo largos diálogos con este y aquel que me gritó pidiendo gracia y a quien hice cortar la lengua.

CESONIA. Ven. Tiéndete a mi lado. Apoya la cabeza en mis rodillas. *(Calígula obedece.)* Estás bien. Todo calla.

CALÍGULA. ¡Todo calla! Exageras. ¿No oyes ese ruido a hierros? *(Ruidos.)* ¿No adviertes esos mil ligeros rumores que revelan el odio en acecho? *(Rumores.)*

CESONIA. Nadie se atrevería...

CALÍGULA. Sí: la estupidez.

CESONIA. La estupidez no mata. Da cordura.

CALÍGULA. Es asesina, Cesonia. Es asesina cuando se considera ofendida. ¡Oh!, no me

asesinarán aquellos cuyos padres o hijos he matado. Ellos han comprendido. Están conmigo, tienen el mismo gusto en la boca. Pero estoy indefenso contra la vanidad de los otros: aquellos de quienes me he burlado, a quienes he puesto en ridículo.

CESONIA *(con vehemencia).* Te defenderemos nosotros; todavía somos muchos que te queremos.

CALÍGULA. Cada vez sois menos. Hice todo lo posible para que así fuera. Y además, seamos justos, no sólo está en mi contra la estupidez; también lo están la lealtad y el coraje de los que quieren ser felices.

CESONIA *(siempre vehemente).* No, no te matarán. O entonces algo venido del cielo los aniquilará antes de que te hayan tocado.

CALÍGULA. ¡Del cielo! No hay cielo, pobre mujer. *(Se sienta.)* ¿Pero por qué tanto amor, de pronto? No estaba en nuestras convenciones.

CESONIA *(que se ha puesto de pie y camina).* ¿No basta entonces verte matar a los demás; hay que saber también que te matarán? ¿No basta recibirte cruel y desgarrado, sentir tu olor a crimen cuando te apoyas en mi vientre? Cada día veo morir un poco más en ti la apariencia humana. (Se vuelve hacia él.) Soy fea y casi vieja, lo sé. Pero tanto me preocupas, que a mi alma no le importa ya que no me ames. Sólo quisiera verte sano, a ti que aún eres un niño. ¡Toda una vida por delante! ¿Y qué pedir que sea más grande que toda una vida?

CALÍGULA *(se levanta y la mira).* Hace ya mucho que estás aquí.

CESONIA. Es cierto. Pero me conservarás a tu lado, ¿verdad?

CALÍGULA. No lo sé. Sólo sé por qué estás aquí: por todas aquellas noches en que el placer era agudo y sin alegría, y por todo lo que conoces de mí. *(La toma en sus brazos y con la mano le echa la cabeza un poco hacia atrás.) Tengo* veintinueve años. Es poco. Pero en esta hora en que mi vida me parece, sin embargo, tan larga, tan cargada de despojos, en fin, tan cumplida, eres el último testigo. Y no puedo evitar cierta ternura vergonzante por la vieja que serás.

CESONIA. ¡Dime que quieres conservarme a tu lado!

CALÍGULA. No lo sé. Sólo tengo conciencia, y esto es lo más terrible, de que esta ternura vergonzante es el único sentimiento puro que la vida me haya dado hasta ahora.

Cesonia se desprende de sus brazos, Calígula la sigue. Ella pega la espalda contra él, que la abraza.

CALÍGULA. ¿No sería mejor que el último testigo desapareciera?

CESONIA. Eso no tiene importancia. Me hace feliz lo que me has dicho. ¿Pero por qué no puedo compartir esta felicidad contigo?

CALÍGULA. ¿Quién te dijo que no soy feliz?

CESONIA. La dicha es generosa. No vive de destrucciones.

CALÍGULA. Entonces hay dos clases de dicha y yo elegí la de los asesinos. Porque soy feliz.

Hace tiempo creí alcanzar el límite del dolor. Pues bien, no, todavía es posible ir más lejos. En el confín de esta comarca hay una felicidad estéril y magnífica. Mírame.

Cesonia se vuelve hacia él.

Me río, Cesonia, cuando pienso que durante varios años Roma entera evitó pronunciar el nombre de Drusila. Porque Roma se equivocó durante esos años. El amor no me basta: eso es lo que comprendí entonces. Es lo que comprendo también hoy, al mirarte. Porque amar a una persona es aceptar envejecer con ella. No soy capaz de este amor. Drusila vieja era mucho peor que Drusila muerta. Es habitual la creencia de que un hombre sufre porque la persona a quien amaba muere un día. Pero su verdadero sufrimiento es menos fútil: es advertir que tampoco la pena dura. Hasta el dolor carece de sentido. Ya ves, no tenía excusas; ni siquiera la sombra de un amor, ni la amargura de la melancolía. No tengo coartada. Pero hoy soy más libre que hace años, libre del recuerdo y de la ilusión. *(Ríe apasionadamente.)* ¡Sé que nada dura! ¡Saber esto! Sólo dos o tres en la historia hemos hecho esta experiencia, hemos realizado esta felicidad demente. Cesonia, has seguido hasta el fin una tragedia muy curiosa. Es hora de que caiga para ti el telón.

Pasa de nuevo tras ella y desliza el antebrazo en torno al cuello de Cesonia.

CESONIA *(con espanto).* ¿Acaso es la felicidad esa libertad espantosa?

CALÍGULA *(apretando poco a poco con el brazo la garganta de Cesonia).* Tenlo por seguro, Cesonia. Sin ella hubiera sido un hombre satisfecho. Gracias a ella, he conquistado la divina clarividencia del solitario. *(Se exalta cada vez más, estrangulando poco a poco a Cesonia, quien se entrega sin resistencia, con las manos un poco tendidas hacia adelante. El le habla, inclinado, al oído.)* Vivo, mato, ejerzo el poder delirante del destructor, comparado con el cual el del creador parece una parodia. Eso es ser feliz. Esa es la felicidad: esta insoportable liberación, este universal desprecio, la sangre, el odio a mi alrededor, este aislamiento sin igual del hombre que tiene toda su vida bajo la mirada, la alegría desmedida del asesino impune, esta lógica implacable que tritura vidas humanas *(Ríe),* que te tritura, Cesonia, para lograr por fin la soledad eterna que deseo.

CESONIA *(debatiéndose débilmente).* ¡Cayo!

CALÍGULA *(cada vez más exaltado).* No, nada de ternura. Hay que terminar, el tiempo apremia. ¡El tiempo apremia, querida Cesonia!

Cesonia agoniza, Calígula la arrastra hasta el lecho donde la deja caer.

CALÍGULA *(mirándola con ojos extraviados; con voz ronca).* Y tú también eras culpable. Pero matar no es la solución.

ESCENA XIII

Gira sobre sí mismo, hosco, y se acerca al espejo.

CALÍGULA. ¡Calígula! Tú también, tú también eres culpable ¡Entonces, ¿no es verdad?, un poco más, un poco menos! ¿Pero quién se atrevería a condenarme en este mundo sin juez, donde nadie es inocente? *(Con acento de angustia, apretándose contra el espejo.)* Ya lo ves, Helicón no ha venido. No tendré la luna. Pero qué amargo es estar en lo cierto y llegar sin remedio a la consumación. Porque temo la consumación. ¡Ruido de armas! La inocencia prepara su triunfo. ¡Por qué no estaré en su lugar! Tengo miedo. Qué asco, después de haber despreciado a los demás, sentir la misma cobardía en el alma. Pero no importa. Tampoco el miedo dura. Encontraré ese gran vacío donde el corazón se sosiega.

Retrocede un poco, vuelve hacia el espejo. Parece más tranquilo. Reanuda el discurso, pero en voz más baja y concentrada.

Todo parece tan complicado. Sin embargo, todo es tan sencillo. Si yo hubiera conseguido la luna, si el amor bastara, todo habría cambiado. ¿Pero dónde apagar esta sed? ¿Qué corazón, qué dios tendría para mí la profundidad de un lago? *(De rodillas y llorando.)* Nada, en este mundo ni en el otro, que esté a mi altura. Sin embargo sé, y tú también lo sabes *(tiende las manos hacia el espejo llorando),* que bastaría que lo imposible fuera. ¡Lo imposible! Lo busqué en los límites del mundo, en los confines de mí mismo. Tendí mis manos *(gritando),* tiendo mis manos y te encuentro, siempre frente a mí, y por ti estoy lleno de odio. No tomé el camino verdadero, no llego a nada. Mi libertad no es la buena. ¡Nada! Siempre nada. ¡Ah, cómo pesa esta noche! Helicón no ha venido; ¡seremos culpables para siempre! Esta noche pesa como el dolor humano.

Ruido de armas y cuchicheos entre bastidores. Calígula se levanta, toma con la mano un asiento bajo y se acerca al espejo respirando con fuerza. Se observa, simula un salto hacia adelante y frente al movimiento simétrico de su doble en el espejo, arroja el asiento al vuelo, gritando: ¡A la historia, Calígula, a la historia!

El espejo se rompe y en ese momento, por todas las puertas, entran los conjurados en armas. Calígula los enfrenta con una risa loca. El viejo Patricio lo hiere en la espalda, Quereas, en medio de la cara. La risa de Calígula se transforma en estertor. Todos lo hieren. Con un último estertor, Calígula, riendo, grita: ¡Todavía estoy vivo!

TELÓN